

CRISTIANDAD

El número 300

**La Sagrada humanidad
de Jesús**

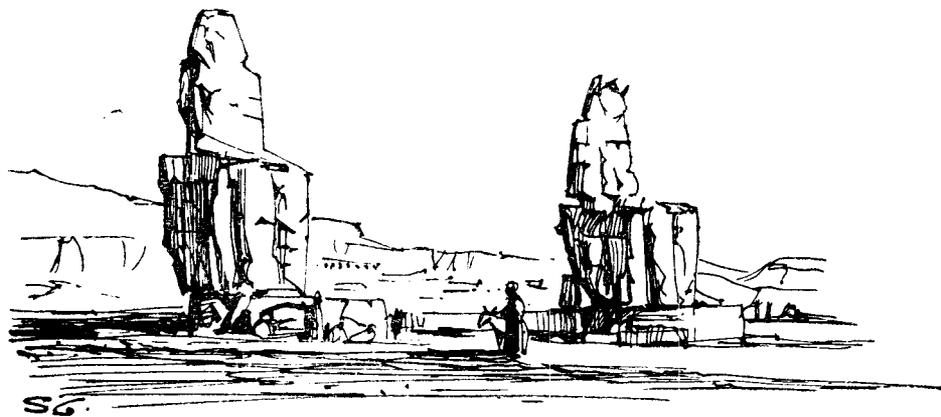
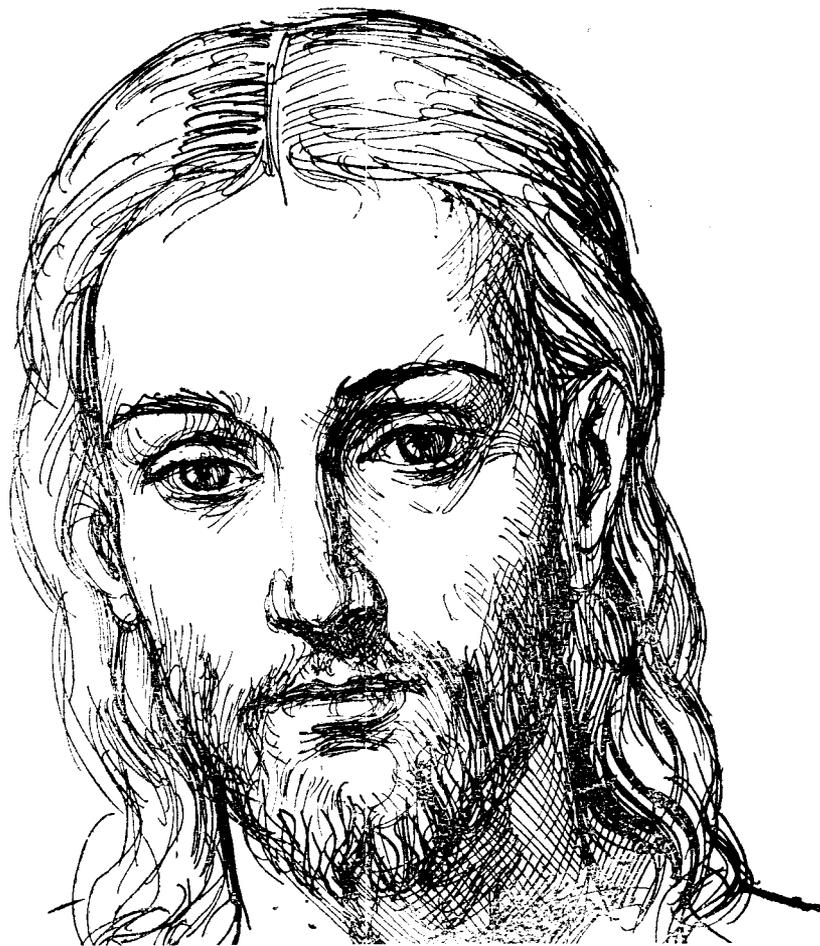
Editoriales

El Congreso de Tilburg

del P. van Geloven, M. S. C.

**Palmerston, Disraeli
y la disputa del Canal de Suez**

por José-Oriol Cuffi Canadell



La insensibilidad social

de la «Ventana abierta»

En el Año Ignaciano destaquemos
el valor siempre actual y básico
del «Principio y Fundamento»

(Ejercicios Espirituales)

Campana pro moralidad

Para dar a conocer sus fines y espíritu, la CAMPAÑA PRO MORALIDAD ofrece su próximo boletín, (a quien lo encargue o abone antes del día 15 de septiembre) a los precios de propaganda siguientes:

Un ejemplar: una peseta. — Diez ejemplares, a una misma dirección o a direcciones diferentes: nueve pesetas. — Cincuenta ejemplares: cuarenta pesetas. — Cien ejemplares: setenta y cinco pesetas

También ofrece un cartelito con dibujo simbólico contra la inmoralidad en general: una peseta los diez ejemplares. — Cartel sobre las modas: una peseta ejemplar. — Tarjetas sobre las modas: seis ptas. el ciento, — Estampas con oración: cinco ptas. el ciento

Porte gratuito, si el pago se efectúa por adelantado

Campana pro moralidad

Santa Clara, 4-2 - MADRID



En su viaje a Mallorca visite las

Cuevas de Artá

Una maravilla entre maravillas

TALLER DE ESTATUARIA
RELIGIOSA

EL RENACIMIENTO

***Castellanas, Serra
y Casadevall, S. A.***

TELEFONO 104 **OLOT** (Gerona) España

Precio de este ejemplar: 12'—Ptas.

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA
DEVOCION A LOS SAGRADOS
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

El número 300

SUMARIO

EDITORIALES

El número 300, por C. F. de T., páginas 241 y 242.

La sagrada Humanidad de Jesús, por J. M., S. I., págs. 242 y 243.

Fidelidad entre los esposos, por F. T., página 243.

PLURA UT UNUM

El Congreso de Tilburg, del P. van Geloven, M. S. C., págs. 244 a 247.

La suerte de San Ignacio y su verdadero mensaje a los hombres, III., del P. D. Mondrone, S. I., pág. 248 y 249.

EL BIELDO Y LA CRIBA

Marcha atrás. (Divagación en torno a ese ídolo que se llama Don Pío), por Teodoro Rivero, Agustino, pág. 255.

Progresismo e integrismo, por Roberto Coll Vinent, pág. 256.

¡No atemorícemos a los fieles...!, por B. V., pág. 257.

VENTANA ABIERTA

La insensibilidad social. - El doctor Marañón y Ortega y Gasset, por C. J., págs. 253 y 254.

DE ACTUALIDAD

Palmerston, Disraeli y la disputa sobre el Canal de Suez, por José-Oriol Cuffí Canadell, págs. 250 a 252.

Tres documentos franceses sobre el problema de Argel, pág. 258.

El combate de hoy, pág. 259.

Integridad de la Religión, seguridad de la Patria, pág. 260.

«Periódico, únicamente misionero», páginas 261 y 262.

Crónica política mensual. Leyendo y brujuleando, por José-Oriol Cuffí Canadell, «Shehar Yashub», págs. 263 y 264.

ANEXOS

Separata de Documentos Pontificios, correspondiente al año 1955, págs. 333 a 348.

NOTA DE LA DIRECCION

CRISTIANDAD se reserva el derecho de publicar o no los originales que puedan serle remitidos, que en ningún caso se compromete a devolver. Prohibida la reproducción de sus artículos, total o parcial, así como de grabados originales de CRISTIANDAD, sin indicar su procedencia.

Ahí, por donde coges este número de la revista para ir dando la vuelta a sus páginas, verás escrito, amigo que nos lees, "Números 299 y 300 - Año XIII". Burla burlando, asomándonos, desde hace trece años, al caer de cada quincena, a la actualidad mundial, vista al través de un enfoque esencialmente cristiano de las cosas, hemos llegado hasta el número trescientos de esta revista.

Sería vano confesar que el hecho es causa para nosotros de positiva satisfacción y que le concedemos, además, una cierta importancia. Sería vana la confesión, puesto que va implícita en el hecho de dedicar al suceso este comentario. De todas formas, no está de sobra la confesión, si se refiere a algo que nos llena de gozo. Todo el que escribe, en efecto, quiere al que lee compenetrado con la propia idea y con el propio sentimiento, con la propia inquietud y la propia esperanza. Porque escribir no es llenar unas cuartillas y soltarlas después al aire, para que el viento las disperse. Escribir es algo así como tender de orilla a orilla un puente, por el que llegue, del que habla al que escucha, el mensaje que debe fundir a ambos en un mismo sentimiento. Pues bien; a tono con semejante concepción, hemos querido siempre a nuestros lectores partícipes de nuestras esperanzas y solidarios de nuestras inquietudes. Y siempre unos con nosotros en nuestras alegrías, aun en aquellas que parece no rebasan el ámbito de lo puramente familiar, como puede ser la presente. Por eso, hemos traído hasta estas páginas el eco de la satisfacción que nos ha producido el descubrir casi de golpe que, con plena naturalidad y sin aparente esfuerzo, hemos alcanzado un número tan respetable como es ya el trescientos: no te queremos a ti, amigo que nos lees, ajeno a esa pequeña, pero regocijada, alegría familiar.

Lo primero que ocurre pensar en estos casos es que se ha llegado. Tal vez imagine alguien que, bien mirado, no hay para tanto. Pero, viendo lo que ocurre en las inmediaciones, uno se siente inclinado a pensar que probablemente no haya para menos. Nuestra revista no es de las que se llaman de "gran público". Eso puede colegirse, aparte de otras razones de mayor peso, del solo hecho de su periodicidad quincenal. Es más bien lo que se llama una revista de "minorías". Pues bien, del número primero al trescientos de hoy van trece años. ¡Y son tantas las publicaciones de tipo minoritario, por sólo hablar de ellas, que ha visto uno nacer y morir en ese período! Es cierto que, en las exequias fúnebres de tales revistas se nos ha dicho casi siempre que "llenaron una exigencia que, una vez cumplida, les ha privado lógicamente de la razón de ser", o bien que "sembraron una inquietud en éste o en el otro sector, cuyos frutos se han de ver con el tiempo". Mas, en todo caso, es verdad que, si fueron, hoy ya no son. Y si importa seguir viviendo, mísero consuelo es pensar que se ha vivido. Fuera de que eso de ponerse un límite a la propia vida pueda resultar a las veces un fácil pretexto para excusar la carencia o la radical debilidad de las razones que, en tiempos, se adujeron como causa del existir.

Supuesto que se ha llegado, lo segundo es recapitular, de algún modo, cómo se ha llegado. Si por caminos fáciles o por abruptos senderos, si acompañados del favor de todos o si desamparados del calor de muchos. Bueno será recordar que a nosotros nos basta, como a cristianos que somos, saber que conta-

mos con la aprobación de la Santa Madre Iglesia y el aliento y la bendición de sus representantes, o sea, la Jerarquía Eclesiástica. Pero eso no quita de saber de la proyección dolorosa que humanamente hablando presenta todo esfuerzo, aun aquél que se orienta bajo el signo de lo sobrenatural cristiano y precisamente por ello. Como tampoco impide que se muestre uno íntimamente reconocido a la Divina Providencia, si, sobre sentir deseos eficaces de echar a andar por un recto camino, le resulta éste fácil y andadero en lo humano, por hallarse barrido y totalmente despejado de humanos obstáculos.

Nuestro lema —lo sabes tú, amigo lector, que de muy atrás nos vienes acompañando en nuestras jornadas— ha sido, desde el primer día, la Realeza Social de Nuestro Señor Jesucristo. Pensamos que tener ese lema es ya de por sí sólo haber obtenido un favor —y grande— del cielo. Ahí es nada, si uno ha de sentar plaza, haber conseguido un puesto en el ejército del mejor de los Reyes. Error grande sería, con todo, dar por sentado que tal género de milicia resulta fácil y, en lo humano, siempre igualmente llevadero, cuando cabe convenir que su talante a duras penas se aviene con el gusto de nuestros tiempos.

Ahora, no le hables a nadie, amigo, de milicia, de conquista, ni, en realidad, de nada que, de cerca o de lejos, sepa a lucha. Uno sabe, uno presiente, aunque no lo sepa, por obra de la intuición del ambiente, que por el solo hecho de emplear esos términos ha de verse motejado de hombre de mentalidad superada. Ahora vamos todos, unos por convencimiento y otros, a poco que nos durmamos, por inercia, tras esa dorada quimera que llaman la "coexistencia", empujados por la impaciente brisa del posibilismo.

Posibilismo. Inmoremos unos instantes en los cercados de tan atractiva cuestión.

Se ha dicho de la política que es el arte de lo posible. Nos parece ésta una definición para pusilánimes. Política es más bien el arte de hacer posible lo necesario. El fin que se pretende va, en este caso, por delante. Detrás se alinean los esfuerzos que han de convertir el fin en realidad. Bajo los auspicios de la primera definición, las cosas se desenvuelven de diverso modo. Aquí, el fin último, aquel en que se cifra el ideal, se deja ya prácticamente por imposible. Lo posible —el objeto de la política— es entonces lo que casi ya tenemos o lo que graciosamente está dispuesto a concedernos el adversario, por lo mismo

que no implica para él verdadero peligro. Es posible, en suma, lo que cabe conseguir sin remover el pozo de las iras del adversario. Damos vista, está claro, a las risueñas playas de la "coexistencia".

Pero, no hay otra coexistencia que la que se funda en el espíritu de Cristo — Cristo: Salvador, Dios y Hombre verdadero —, como ha dicho recentísimamente Su Santidad el Papa a los católicos alemanes reunidos en Colonia. Y para llegar a ella es preciso luchar sin descanso. Contra el enemigo que llevamos dentro y que procura a todas horas apartar de nuestra vista la imagen ideal de la vida cristiana, como norma de existencia para el individuo, y contra ese mismo enemigo que, fuera de nosotros, ha conseguido barrer de las instituciones que rigen la vida de los pueblos el santo Nombre de Dios.

Hemos dicho que hay que luchar. Luchar, por supuesto, no es sinónimo de injuriar, de zaherir, de molestar, en suma, al prójimo con epítetos de dudoso gusto, mal avenidos con lo que pide el espíritu de la cristiana caridad. Pero sí es llamar las cosas por su nombre, cuando existe el peligro de que, bajo la etiqueta de un producto de solvencia se nos cuele al interior la falsa mercancía. A veces le echan en cara a uno el empleo de no sé qué términos y le motejan a cuenta de triviales reparos de hombre inculto y atrasado. La verdad es, con todo, que, casi siempre, a modo de consecuencia, queda la duda suspendida en el aire: ¿Existe, en realidad, la injuria? ¿O es que nos disgusta el que se nos recuerde que hay que luchar?

Mirando atrás desde el hito que nos recuerda hemos llegado en nuestra marcha al número trescientos, pensamos en estas y parecidas cosas. No podemos prescindir de ellas al hacer el recuento de alegrías y de pesares que componen cualquier humano itinerario. Nos parece que no cabe comprensión exacta del sentido de nuestro viaje y de su eficacia, en el orden del apostolado, sin tenerlas en cuenta. Mirando al futuro, pedimos a Dios gracia para no desmayar en el camino emprendido. Y no desmayar es, para nosotros, seguir luchando: poner el ideal muy alto, cuando es muy cómodo situarlo a ras del suelo, decir que no se puede ceder en la verdad que posee el cristiano y de la que arranca la única esperanza de salvación, por más que las inclinaciones de la época nos lleven al pacto y a la concesión.

C. F. de T.

La sagrada Humanidad de Jesús

Quisiéramos tener intuición de cómo era Jesús; esto es, poder tener un conocimiento directo y tal como era en sí. Y no nos es posible, porque intuición, en este mundo, sólo la tenemos cuando ha habido percepción sensible; cuando no, podremos tener un conocimiento propio de lo que es objeto del mismo, pero será mediante los elementos analógicos que la imaginación suministra. No hay en nosotros idea tan abstracta, a la cual no acompañe indefectiblemente algún elemento imaginativo. Así lo enseña Santo Tomás: *Anima non intelligit nisi per conversionem ad phantasma* (1).

(1) *Sum. Theol.*, a. 7.

Cuando contemplamos alguna de esas obras maestras como el *Gesù*, de Fra Angélico; la "Gloria", del Tiziano; la "Cena", de Juan de Juanes o de Leonardó de Vinci; la "Ascensión", de Raffaello, etc., parece que se intensifica y aviva nuestra devoción; pero ni nos dan intuición, ni la tuvieron, ni pudieron tenerla sus autores; todo lo más que pudieron hacer fué trasladar naturalmente al lienzo esas analogías exquisitas de su privilegiada percepción artística. La divina inspiración es ya un caso diferente. No es, pues, infundada nuestra persuasión de que haría en nosotros mucha mayor impresión el poder tener un conocimiento directo del ros-

tro de Jesús, tal cual era en sí.

No hemos de creer, empero, que el Salvador fuera deslumbrando durante su vida con los destellos de su divina belleza; lo supeditó todo a la obra de nuestra salvación; y dice San Pablo que se hizo en todo semejante a nosotros, excepción hecha del pecado (2). Y según un autor moderno: "Humano y divino a la vez, como lo es Cristo, no hubiéramos podido soportar el resplandor de su divinidad augusta; la humanidad de que se ha revestido forma como una especie de cristal ahumado que tamiza, amortiguándola, una claridad excesivamente deslumbradora y viva para nuestros ojos" (3).

(2) Hebr. II, 17.

(3) G. Levocz, S. I., "La gran amistad", Madrid, 1940, p. 78.

Pero no dejaría de traslucirse en Él algo de divino. Si en Moisés, por el trato íntimo que tuvo con Dios, en el Sinaí, quedó su rostro tan majestuoso, que no se atrevían los judíos a fijar en él su mirada; cuánto más no sería en Aquel en quien "habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente", según la frase de San Pablo (4). San Jerónimo dice que especialmente de sus ojos procedía un cierto fulgor: *quidam fulgor ex oculis procedebat* (5), explicando así el que San Mateo, sólo a la voz de "sígueme", dejase todas sus alcabalas y le siguiese.

Aunque sin la percepción de ese fulgor sobrehumano, que constituirá nuestra dicha, al recibirnos, abiertos los brazos, diciendo: "Venid, benditos de mi Padre, a recibir el premio que os está preparado, antes de la constitución del mundo" (6), no ha querido Jesús privarnos, aquí abajo, del conocimiento intuitivo de su divino rostro; éste quedó estampado en la Santa Sábana de Turín, actualmente propiedad de la Casa de Saboya.

Custodiada en la iglesia allí llamada *della Santa Sindone*, se expone a la pública veneración cada treinta y tres años; fué fotografiada en tal coincidencia, en el año 1898, por el fotógrafo Pria; el cual, al proceder a revelar su elisé, y obtener, como de costumbre, el negativo de la imagen, quedó asombrado al hallarse ante un perfecto positivo de la cara y todo el cuerpo, parte anterior y posterior de un cadáver, con todas las señales de la pasión de Cristo, incluso la herida de la lanzada y la depresión del hombro derecho, causada por el peso de la cruz, en la cuesta del Calvario.

El hecho interesó al mundo científico; se discutió el caso; se han examinado a fondo otras fotografías sacadas con todas las garantías de fidelidad, y hoy se tiene el convencimiento de que las huellas negativas impresas en la Santa Sábana sólo son debidas al contacto del cadáver que envolvió, el cual, por las señales que presenta, no puede ser otro que el del mismo Jesucristo. Un racionalista francés, miembro de la Academia de Ciencias de París: M. Ives Delage, le transmitió un *Compte Rendu*, en el que se dice: *Il s'agit d'un portrait d'homme et cet homme s'est Jésus Christ*.

Agradecemos a dicho *savant* su sinceridad; pero, con mayor reverencia, demos gracias a Dios, con nuestra Madre, la Iglesia: *... quia per Incarnati Verbi mysterium nova mentis nostrae oculis, lux tua claritatis in-*

fulsit; ut dum visibiliter Deum cognoscimus, per hunc, in invisibilium amorem rapiamur (7).

El rostro que allí se divisa, con

(7) *Praef. Missae Nativ.*

ser de un cadáver, y de uno que ha muerto padeciendo lo indecible, es, con todo, tan venerable, de tanta majestad y nobleza, que sólo su contemplación, aun con ser la imagen tenue, se impone a la devoción.

J. M., S. I.

Fidelidad entre los esposos

Uno de los capítulos que ha merecido la atención de la crítica de nuestro catolicismo, ha sido, sin duda, el relativo al sexto mandamiento de la Ley de Dios y, en torno al dicho mandamiento, todo lo que concierne a la castidad entre los seglares. En lugar de hablar tanto de esa materia, se ha dicho, mejor hubiese sido dedicar la atención a otros aspectos de la vida cristiana que fallan lamentablemente entre nosotros: la caridad, la concien- cial social...

La vida cristiana no se reduce a la práctica de un solo mandamiento. Debe sernos urgida la observancia de todos ellos. De ahí que el posible silencio que, en determinadas ocasiones, se haya podido guardar en torno a unos mandamientos, no deba repararse hablando ahora exclusivamente de éstos y callando respecto a los demás. Todos los mandamientos obligan igualmente en conciencia y bajo pena de pecado. Todos los mandamientos tienen, por lo demás, una proyección específica en el ámbito social, de modo que conociendo la lenidad de los cristianos en punto a observancia de un determinado mandamiento, sabremos al instante cuál sea el fallo de su vida social. Podremos hablar entonces de un pecado colectivo.

Pues bien; el fallo social de un pueblo en el que la castidad es tenida en poco consiste en el derrumbamiento de la institución familiar. La familia descansa en el matrimonio, y el matrimonio, como sacramento y como institución social válida y eficaz, estriba a su vez en la rigurosa observancia, por parte de los esposos, de la fidelidad conyugal.

En principio, nos parecen siempre odiosas las comparaciones. Pero, si admitimos, ruborizándonos por ello, que podemos aprender de otros en materia de conciencia social y de fidelidad a la palabra dada, que impide mentir a sabiendas, cuando así conviene al propio egoísmo, aceptemos, dando gracias por ello al Señor, que

entre nosotros, la familia es todavía algo sagrado e intangible. Cuando tratemos entonces de recristianizar las costumbres y los hábitos sociales de nuestro país, pensemos que al tiempo en que debemos esforzarnos por adquirir las virtudes de que andamos faltos, imitando en ello a los de fuera, tenemos que procurar con todo empeño la defensa y la consolidación de lo bueno que, por misericordia de Dios poseamos. Y que si es mucho el empeño que debemos poner en la consecución de lo primero, siempre será poco el trabajo que empleemos en conservar lo segundo. Mayormente cuando la corriente general más bien nos aparta de lo segundo.

El Apostolado de la Oración nos incita a rogar durante el presente mes para que "se tenga en mucho y se observe la fidelidad de los cónyuges entre sí". Sin duda que, al proponérse- nos esa intención, se ha tenido mucha cuenta con las circunstancias que califican de modo no demasiado favorable el vivir de hoy en tal materia. El tema del divorcio es frecuente en otros ambientes y llega hasta nosotros con facilidad, supuesta la inexistencia de barreras a que el progreso en las comunicaciones ha dado lugar. El cine ha puesto de moda el tema. Y lo que antes se reputaba extraño y nocivo a nuestra mentalidad de cristianos, hoy se ensaya en conversaciones y aun en publicaciones dedicadas al gran público con absoluta naturalidad. Así, no hace mucho y en periódico de neto signo confesional, se han visto narrados al pormenor ciertos amoríos principescos, en los que andaba de por medio un galán... divorciado. La ligereza es palpable y constituye de por sí un elocuente síntoma de lo que, por lo menos, en otras latitudes, pulula en el ambiente.

La dignidad del sacramento debe ser respetada a todo trance. Está en la base del vivir social, como eficaz garantía de una existencia cristiana ver- dad.

F. T.

(4) *Colos.*, II, 9.

(5) *Com. in Math.*, c. VI.

(6) *Mat.* XXV, 34.

EL CONGRESO DE TILBURG

Se hablaba en este último decenio de crisis o evolución en la devoción al Corazón de Jesús, se discutían dificultades, nuevas y viejas, nacidas unas del buen deseo de superar la "posible crisis" con el estudio y la pastoral, otras eran más bien fruto de la confusión de ideas o de una suspicacia inverosímil que agostaba veladamente el cristianismo levantando una barrera infranqueable entre los fieles y lo más esencial del mensaje de la Redención, el Corazón de Cristo.

Ya advirtieron ese descontento y trataron de obviar las objeciones, entre otros, Mons. Feltin, en París, el año 1945, en su relación "Le Sacré-Coeur et l'action catholique" y después Julien Jacques, S. C. I., en su artículo "Culte et théologie du Sacré-Coeur" (publicado en "L'Année théologique" 1947), y el libro de Monier-Vinard, S. I., "Le Sacré-Coeur d'après l'Écriture et la Théologie" (1951). Sobre todo, el Abate Dérumaux en el artículo "Crise ou évolution dans la dévotion des jeunes pour le Sacré-Coeur" (aparecido en "Études Carmelitaines", 1950) y, más recientemente, el P. Gutzwiller, S. I., en su estudio muy completo incluido en el libro alemán "Cor Salvatoris" (1954, la segunda edición es de 1956) pulsaron con tino psicológico la temperatura de los climas reacios.

El Congreso Internacional de Tilburg (Holanda), celebrado en junio de 1955, se hizo eco de todas esas dificultades y trató en serio de allanarlas, asentando como postulado fundamental la ineludible necesidad de un estudio a fondo de la Sagrada Escritura y la Tradición, fuentes primordiales de la devoción al Corazón del Salvador.

Unos 150 teólogos eminentes, de varias nacionalidades, se congregaron allí. Hubo decisiones que eran fiel reflejo del sentir unánime de los asistentes. Y hubo también puntos doctrinales discutidos que aguardaban el fallo definitivo del Magisterio de la Iglesia.

Interesa, pues, conocer las ponencias de este Congreso para dominar mejor el marco ambiental que precedió a la Encíclica "Haurietis Aquas" (dificultades y frialdad por una parte; estudio acendrado y actuante celo por otra) y para valorar más exactamente la oportunísima aparición del citado documento pontificio.

El R. P. van Geloven, M. S. C., Secretario del Congreso de Tilburg, informaba el 11 de abril de 1956 al clero parisiense de las actividades de dicho Congreso. Traducimos a continuación, del original francés, el texto de la conferencia que nos ha sido facilitado por el mismo P. van Geloven.

P. F. ALBARRACÍN, S. I.

La provincia holandesa de Misioneros del Sagrado Corazón de Issoudun ha aprovechado la celebración del centenario de su Instituto para favorecer el apostolado que ellos consideran como su propia vocación. También han tomado en Tilburg (Holanda) la iniciativa de organizar un Congreso Internacional que tenga por fin reunir a todos los interesados en hacer un estudio profundo de los problemas teológicos y pastorales de actualidad concernientes a la devoción al Corazón de Jesús. El tema del Congreso se podría resumir así: *Sentido de la devoción al Sagrado Corazón para el hombre moderno.*

Se imponía el tema — según se creía — por la falta de atractivo y las resistencias actuales a esta devoción, que hacen decir a veces que ya no convendría a la mentalidad ni a la espiritualidad del cristiano de nuestros días. Por otra parte, la necesidad de una vuelta a las fuentes de la devoción se había puesto de relieve en multitud de publi-

caciones de importancia. Entre ellas hay que mencionar ante todo "Le Coeur", de "Études Carmelitaines", aparecido en 1950. En este libro, máxime en el artículo del abate André Dérumaux "Crisis o evolución de la devoción al Corazón de Jesús en los jóvenes", se exponía la cuestión con tal sinceridad y amplitud de espíritu, que halló eco aun más allá de la frontera francesa. Después, en 1954, la obra alemana "Cor Salvatoris" fué publicada por el P. José Stierli, de la Compañía de Jesús, en colaboración con tres jesuitas más de Outre-Rhin, muy preocupados por la crisis de esta devoción y que proponían nuevos caminos para remediarla. Así pues, el punto de partida del Congreso fué la comprobación y la doctrina de estos dos libros que de ninguna manera habían tenido la pretensión de agotar la materia. Las conferencias han podido suministrar, como primer resultado, una aportación positiva a la teología de la devoción. Gracias al hecho de que todos los conferenciantes tenían presentes las dificultades actuales, no solamente se han encontrado los problemas, sino también los frutos de la teología moderna.

Se me ha pedido el que os informe acerca de los resultados del Congreso, y creo que nada mejor podré hacer que intentar daros un resumen de la abundante materia que se ha tratado. Una relación más completa se publicará pronto en alemán en la revista "Anima" del Instituto de Teología Pastoral, anejo a la Universidad de Fribourg (Suiza). Esperamos que también podremos publicar los trabajos en lengua francesa.

El primer conferenciante, el Padre Jacques Nouwens, M. S. C., hizo una exposición histórica sobre la resistencia jansenista a la devoción. Se preguntaba si el mensaje de Paray-le-Monial había sido ciertamente dirigido contra el jansenismo, como se cree habitualmente, y si había provocado a los jansenistas a oponerse a él en virtud de su propia doctrina. Con demasiada frecuencia, afirmaba el Padre, se ha presentado al jansenismo como un sistema sin amor. Las quejas del Salvador concernientes a la falta de amor en los hombres no permite, sin embargo, buscar a los culpables entre aquellos que nunca creían satisfacer bastante a las exigencias de la caridad. Un estudio objetivo da casi como cierto que la devoción al Corazón de Jesús habría sido aceptable para los jansenistas, cuidadosos siempre de un más ardiente fervor para con Dios, si no hubiesen tenido motivos de oposición distintos a los doctrinales. La razón de su resistencia hay que buscarla en primer lugar en el resentimiento que ellos tenían contra los propagandistas de Paray-le-Monial. Para combatirlos y para guardar al mismo tiempo serenidad en la lucha, han buscado motivos de oposición, semejantes muchos de ellos a los que invocan nuestros contemporáneos para alejarse de la devoción. En este orden de ideas, proseguía el P. Nouwens, se habla con demasiada facilidad del carácter muy especial del cristiano de nuestros días; es así cómo creía poder establecer un paralelo entre las resistencias del jansenismo y las de nuestros días. Si se despoja a las objeciones jansenistas del ruido teológico de su tiempo, ¿qué es lo que se encuentra allí? Las mismas formas de malestar que disgustan al hombre del siglo veinte al mirar esta devoción: peligro de nestorianismo que admite dos personas en Cristo, falta de sencillez y de autenticidad, satisfacción dirigida al Corazón y no a la persona de Jesús, olvido de las fuentes escriturísticas y teológicas en provecho de las revelaciones privadas, imágenes que representan el corazón separado de la Persona, demasiada eficacia atribuída a las personas, etc., etc. En todo ello se reconocía, bajo fórmulas tal vez más dogmáticas, la mayor

parte de las objeciones existencialistas de la juventud moderna.

Al poner en su punto este aspecto histórico de la devoción, el P. Nouwens quería probar que la actualidad de la devoción al Corazón de Jesús no ha podido cesar desde la quiebra del jansenismo y que el sentido de esta devoción supone mucho más que una mera respuesta divina a los errores del jansenismo. Las revelaciones de Paray-le-Monial tenían, en suma, como fin romper con una mentalidad de tibieza y de indiferencia en donde no había ni temor ni amor de Dios; mentalidad que es aún la de nuestros días.

Las conferencias siguientes del Congreso debían probar el valor de esta comprobación y sus relaciones con la desafección actual. Así lo expuso el abate A. Dérumaux al tratar de los problemas y las conclusiones de tres encuestas que había realizado en Francia sobre todo, pero que al reflejar muy fielmente el estado de espíritu de otros países de Europa, aumentaban en importancia. Al lado de una indiferencia total en muchos, las encuestas suministraban un cuadro de la repugnancia del cristiano moderno hacia la devoción al Corazón de Jesús. En los jóvenes el Corazón de carne de Cristo juega cada vez un papel más restringido, mientras que son arrastrados más directamente hacia la misma Persona de Cristo. El corazón es para ellos como una pantalla entre ellos y el Maestro. Por otra parte, su devoción se alimenta menos de los escritos de Santa Margarita María y más de la Sagrada Escritura. También creen ver en las promesas, en que abunda esta devoción, una apariencia de comercio supersticioso reducido a una salvación individual, mientras que la renovación del dogma del Cuerpo Místico, la renovación litúrgica y bíblica les ha dado, por el contrario, una conciencia más amplia y más desinteresada en sus responsabilidades apostólicas. Al hablar de las causas probables de esta desafección, el conferenciante formulaba un cierto número de exigencias que la Teología y la devoción deberían satisfacer para asegurar el valor de ella en nuestros tiempos. En primer lugar, la teología de esta devoción debería alimentarse más de la Biblia. De esta manera la orientación hacia la palabra divina no puede encontrar dificultades puesto que la devoción ha nacido de la Sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia, sobre todo de la atención y la meditación de la herida del costado, de la cual nos habla San Juan en su Evangelio. Hay, pues, lugar a insistir en los fundamentos teológicos y escriturísticos.

El abate Dérumaux sugería en su exposición que la devoción en la forma que ha recibido de Paray-le-Monial, al tener un valor general y universal, no había sido menos señalada por las necesidades y los usos propios de un tiempo pasado. Las revelaciones de Santa Margarita María no eran más que un eco del Evangelio, el desarrollo ulterior de una atención y una devoción ya tradicionales, pero con acento, con fórmulas que estaban en diapason con el período histórico que entonces se vivía. La devoción llevaría, pues, consigo una parte susceptible de evolución y de adaptación a las necesidades y usos diferentes de los siglos sucesivos. En consecuencia, sería posible y útil, por ejemplo, el tomar en consideración la espiritualidad actual impregnada de sencillez y de los sentimientos de la majestad y la trascendencia divinas, al mismo tiempo que de una vida más teológica fundada en la presencia de Dios en nosotros. El hombre contemporáneo cree ver en la devoción, bajo su forma antigua, una complicación y un sentimentalismo que le repugnan. El P. Nouwens no decía que la idea de Dios en esta devoción es la de un Dios bondad a quien no hay que temer; había demostrado que en las revelaciones de Paray el temor a los castigos divinos está precisamente muy inculcado.



El valor de la devoción para nuestros tiempos lo veía el abate Dérumaux, sobre todo, en que el culto al Corazón de Jesús se dirige a "los sentimientos de Jesucristo", a su vida interior, y lo veía también en la llamada que de ellos resulta de "interiorización" en nuestra vida religiosa. Sería, pues, necesario acudir a la Teología del Verbo Encarnado, mostrar la importancia del misterio, predicar la presencia simultánea de dos naturalezas en la única Persona de Cristo, y, por consiguiente, de dos amores, divino y humano, unidos en un mismo impulso. Se debería insistir en la Persona de Jesús y sus sentimientos interiores y prestar menos atención al corazón de carne. El conferenciante proponía la cuestión más bien desde este punto de vista: la devoción transmitida por Paray-le-Monial — bajo la influencia de los usos funerarios del XVII cuando se conservaban los corazones en urnas —, ¿no ha aumentado acaso la importancia atribuida al corazón físico y sería conforme al pensamiento del magisterio restringirla un poco más? Como consta que en la predicación actual el corazón de carne ha quedado generalmente relegado al silencio, el abate Dérumaux preguntaba, ¿se debe reaccionar o puede tolerar la jerarquía el que nos contentemos, bajo el punto de vista doctrinal, con el Corazón símbolo de la Persona de Cristo y, en la iconografía, con la herida del costado que había sido suficiente en los siglos anteriores a Paray-le-Monial?

El conferenciante no dió ni podía dar una respuesta que sólo podía venir del Magisterio.

En este punto había una doble corriente de ideas en el Congreso. Se encontraban quienes de acuerdo con las encuestas hechas consideraban que el fijar la atención en el corazón de carne es más o menos una molestia, una traba a la influencia bienhechora de esta devoción en nuestra época. Pero la mayor parte de los congresistas creían que olvidar el corazón físico llevaría consigo un retroceso en el desarrollo de esta devoción, retroceso que afectaría a lo esencial de la devoción al mismo tiempo que a su sentido y a su valor propios. El P. Fr. Schwendimann, Director del Apostolado de la Oración en Roma, insistía en que el corazón físico es algo más que un símbolo; ¡el corazón físico ha soportado la vida, la pasión y la gloria, lo que no se puede decir de la herida del costado! Nadie negaba, sin embargo, que hasta el presente en la Teología y en la predicación el corazón de carne no ha sido considerado en sí mismo de una manera exclusiva.

Al preguntarse, en fin de cuentas, si la situación descrita en sus encuestas significaba una crisis o más bien una evolución en la devoción, el abate Dérumaux juzgaba que tal estado de cosas era más que nada una crisis de crecimiento, que obliga a la devoción a seguir su desarrollo y a reorientarse en su pasado para adaptarse a la espiritualidad y a la idea de Cristo que posee el hombre moderno.

A la idea de que el hombre moderno aborrece los signos y los símbolos y que todo simbolismo está pasado de moda y anticuado, el profesor *Luis Janssens*, de la Universidad de Lovaina, se oponía en su clara y profunda exposición. Alegaba justamente que desde los trabajos de Max Scheler, filósofos como Nédoncelle, d'Arcy, Guitton, Medinier, Biswanger, von Hildebrand, Brunner, etc., muestran un interés creciente por las relaciones objetivas (elementos concretos) de las cuales tiene necesidad el espíritu encarnado, que es el hombre de todos los tiempos, a fin de lograr para su amor la persona del otro. Así aclaró el conferenciante cómo el corazón en la devoción es esencialmente signo, símbolo y como tal logra plenamente todo aquello que está en él simbolizado. El Corazón símbolo debe dirigir inmediatamente la idea hacia el interior de Cristo, hacia su vida afectiva, hacia su amor, y mediante él a lo más esencial de su Persona. La devoción al Corazón de Jesús responde así a la investigación de lo esencial en el hombre moderno, con tal de que se la proponga, no como una "devoción" particular, sino como un verdadero culto que es "la síntesis de toda la religión" (Pío XI); en este culto se trata, en efecto, del amor-ágape que es Dios y que al comunicarse viene a nosotros por medio de la Encarnación, la Redención, y anima a la Iglesia visible con el Espíritu Santo. Si el abate Dérumaux había comprobado en sus encuestas la aversión muy frecuente hacia la idea de reparación de ordinario mal presentada, Janssens hacía resaltar que tenemos aquí un factor de la mentalidad moderna al que no puede plegarse el director espiritual, sino que debe hacer frente hasta reformarlo. Por tanto, la idea de reparación, teológicamente bien expuesta, puede reenseñar al hombre moderno, que ha perdido el sentido de lo divino al mismo tiempo que el sentido del pecado, a ver las ofensas a la majestad de Dios y las ingratitudes a su amor en su verdadera luz y a conformar su vida según ella.

El conferenciante atentaba particularmente contra una psicoterapia que, al suprimir la conciencia de la culpabilidad y el arrepentimiento, quiere reemplazar la dirección espiritual por el tratamiento psíquico, y destruida así la irreductibilidad de la conciencia, quiere poner a prueba todo el equilibrio humano. Mediante una interpretación sana y juiciosa de la idea de reparación, creía poder ofrecer un remedio de gran actualidad a gran número de enfermos que se han vuelto psicópatas rechazando, muchas veces por orden del médico, su verdadero sentimiento de culpabilidad.

Muchos jóvenes reprochan a la devoción al Sagrado Corazón el desconocer la oración litúrgica. La devoción se caracterizaría por los consuelos dados a Jesús por los sufrimientos que soportó en el curso de su vida terrestre, mientras que la oración de la Iglesia celebra las alabanzas de nuestro Salvador gloriosamente sentado en el cielo a la diestra del Padre; y por el Cristo-Vencedor de muerte tenemos acceso al mismo Dios. ¿Qué pensar de la devoción y especialmente de su aspecto consolador, reparador, de la práctica de la satisfacción? Esta cuestión fué tratada por el profesor *P. Schoonenberg*, S. I., de Nimega, en una conferencia sobre el estado de Cristo glorificado, evidentemente inspirada también por la conciencia de la renovación litúrgica de Pascua. Subrayaba que el Cristo viviente que entra en contacto con nosotros y a quien nos

dirigimos en nuestras oraciones es el Cristo glorificado, que por su Pasión y su participación en nuestra existencia humana y pecadora, ha vencido a la muerte y al pecado. La vida terrestre de Jesús difiere de su vida celeste, como la "kenosis", la exinanitio, del estado glorioso. Por una parte, del Cristo glorioso recibimos el Espíritu Santo junto con todos los dones de gracia; por otra parte, en la Eucaristía y en toda la oración cristiana, celebramos el recuerdo de su Pasión y de su vida terrestre. Conmemorando esta vida terrestre, vamos al Padre por medio del Cristo glorioso.

He aquí por qué no es cierto, objetivamente, que Cristo sufra o muera aún en este momento. Del mismo modo su estado de inmolación es una perfecta realidad en el Cordero glorificado que lleva las señales de su muerte, las heridas, y cuya pasión se continúa en nosotros. Nuestras nociones de la gloria y de la bondad de Dios no deben ser demasiado rígidas; necesitan la flexibilidad que se encuentra en la misma Sagrada Escritura, en la que las relaciones de Dios con nosotros se expresan, hablando humanamente, como actitudes de decepción, de solicitud, de cólera. San Pablo habla aún de no entristecer al Espíritu Santo (Ef., 4, 30). Con mayor razón se puede decir otro tanto de Cristo glorificado.

Si nadie piensa en interpretar el culto de reparación y de consoliación como si el Señor sufriera o muriera aún hoy día, no nos quedan más que dos explicaciones posibles: en esta devoción nos dirigimos a Jesús que sufrió en otro tiempo, y preveía entonces nuestras reparaciones, como lo explica extensamente la Encíclica "Misericordissimus"; o bien nos dirigimos a Cristo glorificado. La primera explicación es corriente, pero tiene el peligro, no sólo de hacernos perder de vista que nuestra oración se dirige a Cristo en su gloria, sino también de darnos una idea incompleta de Él durante su sufrimiento. Por esto el conferenciante proponía interpretar la devoción como dirigida a Cristo glorioso que nos pide que participemos de sus preocupaciones, y que reparemos su honor continuando en nuestras vidas la Pasión que Él sufrió en otro tiempo para bien de su Cuerpo, la Iglesia. La Encíclica deja lugar para esta segunda interpretación.

Un domingo, el profesor *P. Kreling*, de Nimega, puso de especial relieve, como lo hacía también el profesor Janssens, la universalidad de la devoción al Corazón de Jesús. No puede ser considerada como una devoción particular cualquiera. La repugnancia a lo artificial, a todo lo que sean cortapisas, en nuestra vida religiosa actual y la necesidad de lo auténtico, no puede ser una razón admisible de desafección. La devoción es un testimonio de la Encarnación que posee todos los caracteres fundamentales de la oración. Al dirigirse al Corazón de carne es como afirmar expresamente que el Verbo se ha hecho realmente carne. Sin embargo, al servirse del Corazón Sagrado como símbolo, el hombre cristiano rinde inmediatamente testimonio de la Encarnación en su totalidad; el corazón indica el amor de Cristo; el elemento más profundo de su Persona. La devoción está esencialmente y en primer lugar orientada al encuentro con la Persona viviente de Jesús; tiene una plenitud tal que es necesario, sin duda, prevenir peligros de desviación, pero no hay necesidad de tener miedo de ello. Es una devoción síntesis que lo comprende todo.

Esto es lo mismo que el profesor *Rudolf Graver* demostraba en una exposición de inspiración bíblica. El estudio que presentaba de los textos que hablan de la sangre y del agua que brotaron de la herida del costado, terminaba con una exhortación a poner al Corazón traspasado en el centro de la ascesis sacerdotal de nuestros días, tan llenos de signos apocalípticos.

Se ha dicho que la imaginería y la estatuaría que han difundido la figura de un Cristo amanerado y afeminado,

AGUSTIN PEYRA OLIVA

CRISTIANDAD y "Schola Cordis Iesu" están de luto. Ha fallecido uno de sus miembros más antiguos y estimados: tanto más cuanto que por lo callado y humilde de su labor, reviste ésta mérito especialísimo.

Agustín Peyra era uno de lo que llamaríamos nuestros "puntales".

Esta acepción popular, muy al uso en la vieja Barcelona, siempre nos ha parecido una forma, no por poco académica, menos expresiva y honrosa para enaltecer virtudes como las que nos ocupan. Y en este caso, es de un verdadero "puntal" el que parece haber-nos querido privar la Providencia.

Fuerte y decisivo — fortaleza que por su superior designio ha abatido traidora enfermedad —, este hombre, serio, virtuoso y callado, había sido un emisario de la Providencia para defender, en su vida siempre difícil, a nuestra Revista en su aspecto más duro, y no siempre de todos conocido: en sus problemas económicos. En esta labor tan ingrata — tanto, que únicamente los que la han vivido pueden conocerla — Peyra estuvo siempre en la brecha, aportando la colaboración que su viril figura y personal prestancia realizaba y que tanto hallaremos a faltar.

Del amor y veneración que sentía hacia nuestro Padre Orlandis, son testimonio las pruebas de cariño que le había dado: aún le recordamos, hace cuatro años, en aquella excursión colectiva que

efectuamos a Veruela, para acompañar al Padre, llevándole en su coche...

De su temple da fe el que, conocedor de la enfermedad que minaba su naturaleza — y sin hacerse ilusiones sobre su resultado — no dejó un momento, no ya sus actividades, no sólo las profesionales — su Notaría sobre todo — sino las de su querida "Schola". Y es que este temple era consecuencia de su robusta Fe y de su acendrada piedad. Celador ejemplar, comprendió la Devoción al Corazón de Jesús con la misma entereza y virilidad — la misma verdad — que le caracterizaban. Se entregó a Él en alma y cuerpo, y de Él ha recibido la recompensa.

Le ha llamado a Sí, desoyendo nuestras súplicas. Es el tercero de la vieja "Schola" que se nos va: después de Planas y de Anguera, su cuñado, tan parecido a él en entereza.

Él le ha salido a recibir: Él le ha recogido. Nos ha negado el consuelo de la curación que le pedíamos, porque, entre los suyos, el divino Capitán no necesita conceder mercedes transitorias, sino que las da definitivas.

A su ejemplar esposa, doña Gloria Molins de Barraquer y a su tierno hijito acompañamos en el dolor. Y mejor que rezar, que encomendarle a él, a Agustín — aún cuando no por esto, hemos de olvidarle en nuestras oraciones —, es de su intercesión que esperamos todos ahora.

que presentaba su Corazón al hombre, no han tenido ninguna influencia en el alejamiento de la juventud de la devoción al Sagrado Corazón. El P. van Homert, S. I., había sido invitado a preparar un discurso que tratase del modo cómo el Corazón de Jesús se representa en el arte cristiano. Hacía notar que la imagen del Sagrado Corazón a la que estamos acostumbrados y a la que reconocemos inmediatamente como tal, es muy reciente; no llegó a generalizarse sino después de 1840. Antes se representaba al Corazón de Jesús ya separado, sin cuerpo, ya descansando en la mano de Cristo, como lo hace el conocido cuadro de Pompeo Battoni. Pero la primera imagen no ha sido admitida por la autoridad eclesiástica; la otra no daba entera satisfacción. Después, los artistas han padecido una falta de inspiración universal reconocida en los modelados y en las imágenes de nuestras iglesias. Tal vez el resurgimiento bíblico y litúrgico va a dar nuevas ideas: nada de llamas, nada de espinas, sino el agua y la sangre que brotan de la herida del costado abierto; un Corazón de Jesús, fuente sacramental de toda bendición. Y no olvidemos que el mismo corazón es esencialmente interior; permanece y debe permanecer oculto en el centro del cuerpo. El rostro es el que ha de hacer visible lo que vive en el corazón. Hay también un acceso directo al Corazón de Cristo por la abertura del costado abierto.

Se desearía, pues, que el corazón-símbolo no desapareciese totalmente de la representación de la devoción, sino que el artista deberá combinar los dos factores diferentes, "expresión" y "símbolo" que no son incompatibles, pero que exigen una meditación y una fuerza artística extraordinarias.

Durante el Congreso de Tilburg estuvo abierta una exposición en la que se podía juzgar de los resultados de un concurso organizado por los Misioneros del Sagrado Corazón; unas treinta esculturas del Sagrado Corazón, hechas por artistas holandeses, jóvenes en su mayor parte, sorprendía el hecho de que precisamente tantos jóvenes hayan buscado su inspiración en este tema, y se podía concluir que el Corazón de Cristo ocupa aún un lugar

en su pensamiento religioso; era también preciso constatar, después de haber visto los resultados de su trabajo, que se espera aún la imagen que satisfaga a las exigencias de la devoción al mismo tiempo que a las de la estética.

En una sesión especial, accesible por lo demás a todos los congresistas, los representantes de muchas congregaciones religiosas del Sagrado Corazón (entre las que se hallaban los sacerdotes del Sagrado Corazón de Saint-Quentin, la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María (Picpus), los Misioneros del Sagrado Corazón de Issoudun, el Instituto secular clerical, Compañía del Corazón de Jesús), exponían su ideal religioso, inspirado por la devoción que constituía el objeto de estudio del Congreso. Podía uno darse cuenta de las variedades de vida interior y de trabajo apostólico que permite esta devoción a las diversas iniciativas. La misma sesión fué una prueba de que la diversidad de ideal práctico, no trae necesariamente consigo un espíritu de oposición y competencia religiosa.

Resumiendo lo dicho, hay derecho a afirmar que el Congreso de Tilburg ha meditado y estudiado de un modo avanzado muchas cuestiones concernientes a la devoción al Corazón de Jesús. No ha dado, sin duda, una respuesta a todos los problemas, pero ha convencido a todos los que han participado, que las riquezas del Corazón de Jesús no podían ser descuidadas por la Iglesia de nuestros días. El mundo contemporáneo tiene necesidad de la revelación del Amor, tiene una gran necesidad de conocer mejor al Corazón de Jesús. También aquí la ignorancia religiosa priva a muchos cristianos de los beneficios de un mensaje que es la síntesis concreta, personalista y dinámica de nuestra fe y de nuestra vida espiritual, y que por lo mismo se adapta perfectamente a nuestra época. El Congreso de Tilburg, sobre todo, no ha querido ser un fin; si ha tenido alguna pretensión, ha sido el querer ser un llamamiento revelador para continuar y para desarrollar los esfuerzos de profundizar en la devoción que deben desear todos los que son llamados a ser apóstoles de la caridad.

P. VAN GELOVEN, M. S. C.

LA SUERTE DE SAN IGNACIO Y SU VERDADERO MENSAJE A LOS HOMBRES

Del P. D. MONDRONE, S. I.

III*

El mensaje de este gran vizcaíno coincide enteramente con la espiritualidad característica que sella su vida, que se ha transmitido por medio de sus *Ejercicios Espirituales* y que se actúa en la Compañía fundada por él. No es hacedero afirmar si al momento de escribir en el papel las primeras anotaciones que miran a las experiencias interiores vividas en el retiro de Manresa, conocía Ignacio perfectamente todo lo que pasaba en el norte de Europa, de forma que quisiera preparar con los *Ejercicios* una forja de armas espirituales aptas para contraatacar a adversarios tan astutos y letales. Muchísimo menos si se dió cuenta inmediata, durante la primera composición de su libro, de las lejanas consecuencias a las que conduciría aquel fermento de críticas y de revolución contra la Iglesia.

Pero de hecho, mientras los *Ejercicios* se encaminaban hacia su fisonomía definitiva, y las experiencias en darlos se acumulaban día tras día, como una respuesta consoladora y reveladora, San Ignacio debió añadir a tantas lágrimas de interna devoción brotadas de sus ojos las de una inmensa gratitud a Dios por haberle inspirado un método de ejercitaciones interiores tan eficaz y que tanto respondía a las necesidades del tiempo. Dios lo había hecho autor de uno de los más poderosos medios de restauración católica. La misma coincidencia de algunas fechas no parece del todo casual: en 1521, en el mismo año en que Lutero, citado a retractarse en la dieta de Worms, soberbiamente consumaba su rebelión contra la Iglesia, el herido de Pamplona, cediendo dócilmente a los atractivos de la gracia, se convertía; y esa conversión iba a ser un don total de sí mismo no sólo a Dios, sino a la causa de la Iglesia y al mundo.

A la luz de la gracia, que sobre todo en Manresa le asistió con una asiduidad y una abundancia extraordinarias; Ignacio intuyó cómo rebelarse contra la Iglesia, es rebelarse contra el mismo Dios. Y al propio tiempo comprendió cómo el primer paso para reformar cristianamente a un hombre, sacándolo de todo desorden, del pecado y de las pasiones que le allanan el camino, es el de darle a conocer el orden en que Dios le ha constituido naturalmente al crearlo, para que se conforme a él al ordenar de nuevo la vida.

En un período en que todo era desorden y por doquiera se respiraba el aire de emancipación y de independencia, y el hombre se apartaba de su natural gravitación hacia Dios, Ignacio de Loyola, empezando por actuar sobre el individuo, se preocupó ante todo de situarlo de nuevo en ese centro único de gravitación, de conducirlo a la plena dependencia del Altísimo. Más que ir a las masas, Ignacio va al individuo, a reformar a los particulares y preparar así a los instrumentos del bien, persuadido de que su acción será tanto más eficaz, cuanto sean hombres más interiores y más llenos de Dios. Aunque da suma importancia a las posibilidades humanas, que procura desenvolver al máximo, sin embargo le da muchísimo mayor a la gracia.

En primer lugar comienza por un hecho sencillísimo: recuerda al hombre que ha sido creado por Dios. Por tan-

to, es un ser que no tiene nada de por sí mismo, que todo lo ha recibido, que es deudor de todo a Dios. Por más que piense, obre, y se exalte, jamás podrá substraerse de la dependencia natural, necesaria, y absoluta de su Creador. Dependiente en el ser, y dependiente en el obrar. Y obrar dependientemente de Dios quiere decir obrar conforme al fin para el cual el hombre ha sido creado: "alabar, hacer reverencia y servir a Dios, y así salvar su alma". Ha venido de Dios, a Dios ha de volver, orientándose y manteniéndose en la trayectoria señalada por Él.

Pero porque el hombre, en su caminar hacia Dios, se encuentra continuamente en las más diversas circunstancias de vida y en contacto con otros seres indeterminados, San Ignacio le advierte que todas esas cosas son creadas para él, no en contra de él. Son creadas para que le ayuden a conseguir el fin propio, no para separarlo de él. Su deber inmediato, pues, ha de ser considerarlas como medios, no como fin. Valorarlas, y servirse o desprenderse de ellas según le ayuden o no al fin que ha de lograr. Sentirse, pues, superior a cualquier atractivo o repugnancia. Dominarlas; no dejarse dominar por ellas.

Éste es el hombre según el orden querido por Dios. Pero he ahí en seguida el reverso de la medalla: el hombre del desorden y del pecado. San Ignacio introduce aquí al ejercitante por una serie de meditaciones eficacísimas para hacerle concebir un profundo horror a semejante desorden, y haciéndole ver de una forma impresionante las últimas consecuencias de lo que ha ganado al meterse contra Dios, con la meditación del infierno lo induce al propósito de salir lo más pronto posible del propio estado, cueste lo que cueste, y volviendo atrás, situarse de nuevo en el orden, y disponerse a abrazar la voluntad divina, toda y siempre, general y particular, que se le puede manifestar. Purificada el alma del desorden actual con la confesión, al terminar la primera etapa, el hombre, bajo el impulso de agradecer el haber sido salvado por pura misericordia de su Redentor del castigo que le era debido, se siente solicitado a recompensarlo con amorosa generosidad, a hacer algo grande por Él, a empeñarse todo al servicio suyo tal como a Él guste. Ésta es la primera parte de su mensaje.

A este punto San Ignacio procura poner al hombre en contacto con Jesucristo, norma concreta para el cristiano que quiere vivir en el orden y está deseoso de comprometerse a algo que manifieste su agradecimiento a Dios. Y de ahí que por medio de una parábola bien tramada le hace llegar el llamamiento de Jesús, que reclama a todos a que le sigan, y es una llamada de tal naturaleza que, aunque uno sea poco noble y generoso, tendrá que dar una respuesta generosa. Desde este momento ya no se perderá de vista al Divino Modelo, para observar sus ejemplos, profundizar en sus doctrinas, estudiar su táctica, escrutar sus sentimientos, indagar sus deseos: esforzándose ganosamente por seguirle lo más cerca posible.

Al llegar el instante de poner al ejercitante frente a sus propias decisiones, San Ignacio le hace pasar a través de tres meditaciones del todo características de su escuela ascética. La primera es para darle los criterios evangélicamente seguros con que orientar y construir la propia vida en los ejemplos y la doctrina de Cristo; la

(*) Véase CRISTIANDAD, núms. 295-296, págs. 210 y 211, y núms. 297-298, pág. 238.

segunda para cerciorarse de la seriedad y solidez de la fuerza de la propia voluntad y ponerse, por ende, en guardia contra las ilusiones y veleidades en momento tan decisivo; la tercera va encaminada a provocarlo, y, por tanto, para enseñarle a qué ha de atenerse en la elección, a lo que más compromete la propia generosidad, su amor por Cristo, el servicio más perfecto que se puede rendir a Dios: actuación iluminada y ascensional de aquella dependencia tan natural e inevitable de la cual se había tomado el arranque inicial.

Pero sería incompleta la descripción de este ciclo si no se tiene presente que al guiar al hombre a la ordenación de la propia vida, escogida a la luz de la voluntad divina, asidua y anhelosamente investigada, San Ignacio apunta centrarlo en Cristo completo, en Cristo que se identifica con su Iglesia, que en ella vive, habla y dirige a las almas con la misión vicaria de su cabeza visible. Dios-Cristo-Iglesia: he ahí la triple pilastra sobre la cual el místico de Manresa levanta su edificio y quiere poner en seguro al hombre nuevo, al hombre reformado. Según San Ignacio no se va a Dios sino por medio de Jesucristo, ni se puede ir a Jesucristo sino por medio de la Iglesia. La medida de la propia sumisión a Dios es la de la sumisión a la Iglesia. De ahí la fuerza de su clásica expresión: *sentir con la Iglesia*.

Un lector avisado que recorra atentamente las dieciocho reglas formuladas por San Ignacio para indicar y desarrollar en su alumno "el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener", se encontrará con un código compendioso y exhaustivo de obediencia y de adhesión a la Iglesia. "Depuesto todo juicio, debemos tener ánimo aparejado y pronto para obedecer en todo a la vera esposa de Cristo nuestro Señor, que es la nuestra santa madre Iglesia hierárquica." Desde esta primera regla, que es un verdadero golpe de mazo dado contra el principio fundamental del protestantismo — el individualismo religioso y el libre examen —, el Santo tiene cuidado de inculcar punto por punto la alabanza, el amor y respeto más genuino y celoso por aquellas mismas cosas que el espíritu denigrador y rebelde de los adversarios despreciaban, recurriendo de una manera particular a la caricatura.

San Ignacio, con escándalo de éstos, añade: "Debemos siempre tener para en todo acertar, que lo blanco que yo veo, creer que es negro, si la Iglesia hierárquica así lo determina" (Regla 13): expresión que parece una auténtica paradoja, pero que en realidad traduce fielmente el espíritu del Santo, que quiere tomemos como punto de honor nuestro la prontitud con que debemos obedecer en las cosas de la fe, y la incondicional docilidad con que aceptemos de la Iglesia cualquier explícita directiva suya, persuadidos de que "por el mismo Señor que dió los diez mandamientos, es regida y gobernada nuestra santa madre Iglesia". Como se ve, no es cuestión sólo de fe, sino de espíritu de fe, que él entiende — en esta materia — en sus más delicados perfiles.

He ahí la substancia toda del mensaje ignaciano, confiado a los *Ejercicios Espirituales*, de los cuales tomará la levadura para sus *Constituciones*, y de donde extraerá su genuina fisonomía la *Societas Iesu* por él fundada. Nada hemos dicho de lo que se desarrolla en el ejercitante después de la fase decisiva de la famosa segunda "semana" o segunda etapa de los *Ejercicios*, porque todo el resto sirve para confirmar lo ya hecho. Y mucho menos hemos señalado todas las advertencias tan ricas de psicología con que San Ignacio vigila y guía a respetuosa distancia a su alumno.

Al final de todo ese recorrido en la palestra de los



San Ignacio, vela de las armas de Cristo

(Cuadro al óleo del H. Martín Coronas, S. I., existente en la Iglesia de Montserrat)

Ejercicios, se halla la *contemplación para alcanzar amor*, como el remate de todo el edificio. Con ella el Santo pretende ciertamente que prenda el fuego en el alma que se le ha confiado, llevándola a una entrega de sí que resuma todas las donaciones precedentes, disponiéndola a vivir en un clima de amor efectivo, presencial, activo, convirtiéndolo a todas las criaturas en peldaño para subir siempre más a lo alto hacia Dios, de donde descender luego con más eficacia para entregarse al servicio de la Iglesia y de las almas. El servicio, el servicio prestado con corazón magnánimo, alegre, caballeresco: es el resultado genuino y práctico de toda su espiritualidad.

Éste es el verdadero *homo ignatianus*, reconstruido en oposición absoluta al de la reforma y de todas las sucesivas corrientes teocentrífugas de su filiación. El hombre, no como nos lo pintan las falsificaciones de Castelar, Marcuse, de Unamuno, Ricardo Blunk y Fülöp-Miller, el hombre que, con la victoria de sí y el dominio de sus pasiones, ha reordenado su vida conforme a la divina voluntad, se ha entregado a una plena sujeción y a un perfecto servicio de Dios, enamorado hasta la locura del divino modelo Jesús, votado a una incondicional devoción a la Iglesia, instrumento eficaz de la mayor gloria de Dios.

Todo esto no es conducir al hombre al suicidio, sino a la supervida; no a la humillación de la esclavitud, sino a los goces de la libertad verdadera; no a la parálisis, sino al potenciamiento máximo de su actividad. Asceta y místico altísimo, Ignacio mira aún a la acción, a formar apóstoles. Y en esto nada tiene que ver con la ascética complicada y naturalista practicada según el tecnicismo del *yoga*; porque él moviliza todas las facultades del hombre — inteligencia, memoria, voluntad, fantasía, corazón — a impulsos del influjo genuino y vigilado de la gracia.

(Continuará, Dios mediante, en el próximo número)



PALMERSTON, DISRAELI Y LA DISPUTA SOBRE EL CANAL DE SUEZ

Si Napoleón no pudo en el instante decisivo dar el golpe mortal contra Inglaterra, ciertamente adivinó uno de los puntos cruciales del poderío de su gran enemiga, cuando escribió a Talleyrand su frase célebre: "*Tiempo llegará en que comprendamos todos que, para destruir a Inglaterra, es necesario que poseamos Egipto*".

Hoy, otras potencias y otros intereses parece que están repitiendo la misma consigna: Para destruir "lo que queda" de Inglaterra y para hacer efectiva la desintegración de Europa, es imprescindible poner en manos *extrañas* el largo Canal que lleva a las aguas mediterráneas los productos del Asia y del África y aún los de las islas más lejanas del Pacífico.

* * *

Se ha escrito que Inglaterra y la Casa Rothschild aunaron sus esfuerzos para hacer fracasar los planes de Lesseps.

Eso puede ser verdad sólo en parte, porque es difícil que a Lord Palmerston y a los Rothschild se les escapara la trascendencia que para la futura grandeza británica y a los planes judaicos había de tener un día la construcción del Canal soñado por Lesseps.

La respuesta de Palmerston a la demanda de Lesseps, nervioso y descompuesto ante la frialdad del Lord, indica mucho a ese respecto:

"—¿Y nuestros compatriotas de El Cairo? ¿Y nuestra línea férrea de Alejandría a Suez?, objetó huracán Palmerston. Si pudiera usted asimilarse, momentáneamente a una mentalidad inglesa, dejando de pensar como francés, comprendería con toda claridad que esa ruta marítima hacia la India, que usted nos ofrece y describe con colores tan tentadores, representa, ante todo, un peligro para nuestras relaciones con aquel país. Los medios que Inglaterra debería emplear para asegurar debidamente ese fácil acceso, se saldarían, tal vez, con pérdida para nuestra economía en general. Sin rodeos, señor mío: usted quiere abrirnos una puerta que estaríamos obligados a utilizar, y usted, es decir, Francia querrá ser el portero." (1).

Fué inútil que Lesseps hablara de sus "altos ideales", del gran bien que el Canal habría de reportar a la "humanidad". Lord Palmerston se levantó, dando la entrevista por terminada, sin ulterior apelación.

Mientras descendía las escaleras de la residencia del Jefe del Gobierno inglés, se dice que Lesseps iba repitiendo, iracundo, el verso satírico propagado por todo el país por los adversarios del Lord:

*"Si el diablo tuviera un hijo
se llamaría Palmerston."*

* * *

Algo muy parecido le ocurrió a Lesseps en su entrevista con James Rothschild, el de la Banca de París, uno

(1) Winston E. King, *Rothschild*. Madrid, sin fecha.

de los altos dignatarios del Rito Escocés, según el *Annuaire du Suprême Conseil de France*, de 1939.

Si la actitud de Disraeli, Consejero de Estado, colocándose en aquella ocasión junto a Lord Palmerston, hubiera sido suficiente para comprender que el gran capital judío no estaba en favor de su magna empresa, Lesseps se hubiera ahorrado la penosísima conversación con James Rothschild, miembro — ni habría casi que decirlo — de la Legión de Honor.

Rothschild, en aquella ocasión, sólo se hallaba dispuesto a facilitar, a través de sus sucursales, la presentación del empréstito de doscientos millones de francos que Lesseps solicitaba para emprender su obra. Pero James puso una "pequeña" condición: exigía el *cinco por ciento* del valor de la emisión, o sea, diez millones de marcos.

Lesseps se levantó enfurecido y prometió llevar adelante la suscripción sin la intervención de los Rothschild. Y fué entonces cuando James — según se dice — pronunció la terrible frase:

"—¡Nos volveremos a ver, señor mío! ¡*Se arrodillará usted a mis pies!*"

* * *

Pero Lesseps siguió adelante...

Y el 18 de marzo de 1869, después de los penosísimos trabajos para abrirse paso a través de las moles de El Gisir, las aguas del Mar Rojo se fundían con las del Mediterráneo en los Lagos Amargos. "¡En nombre de Su Alteza Mohamed Said, yo ordeno a las aguas del Mediterráneo entrar en el Lago, por la gracia de Dios!", exclamó en aquellos instantes apoteósicos, como fuera de sí mismo, Fernando Lesseps.

Su obra había sido terminada. Tocaba ahora a Inglaterra y a la Casa Rothschild hacerse con el fruto de tantos sudores, tantas fatigas y tantas lágrimas.

Lesseps había de "arrodillarse" a los pies de Rothschild, representado por Lionel, el famoso Barón, en cuyos salones solía reunirse la alta sociedad inglesa: el duque de Sussex, el príncipe Jorge de Cambridge, el duque de Somerset, "toda la nobleza del país, diplomáticos extranjeros y artistas célebres" (2).

El mismo Lionel, amigo y correligionario de Disraeli, cuyo personaje *Sidonia*, de su obra famosa "Coningsby", es — al decir de la "Enciclopedia Judía" — un retrato idealizado de aquél.

* * *

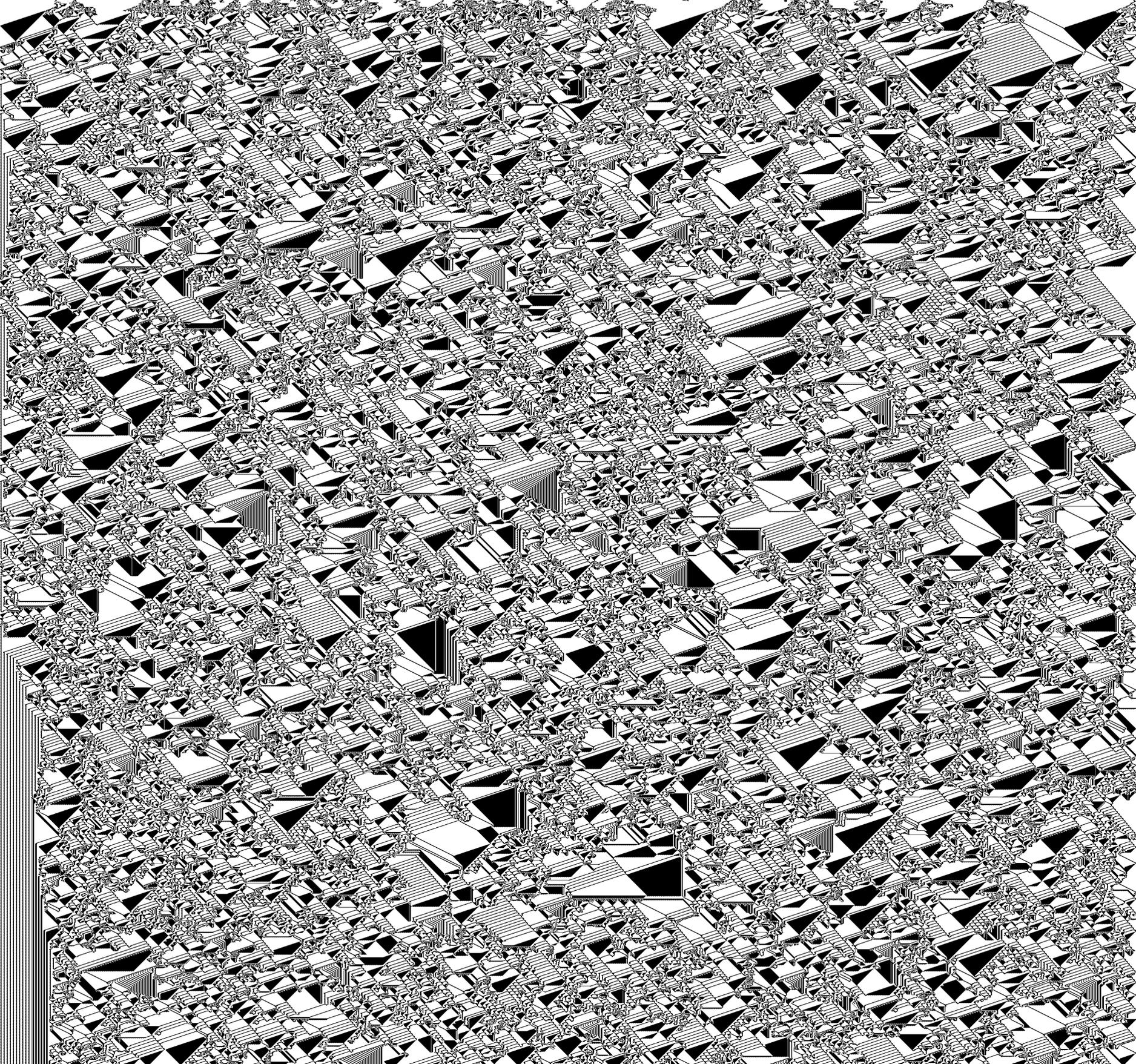
El 15 de noviembre de 1875, el periodista Federico Greenwood, editor del *Pal Mall Gazette*, después de una cena celebrada con el financiero judío, Oppenheim, estuvo en el Foreign Office. Se había enterado que el Kedive estaba dispuesto a vender sus acciones del Canal...

Disraeli — explica Winston E. King — era Primer Ministro de Inglaterra. Era el mismo Disraeli que se sumó

(2) Henry Coston, *Les financiers qui mènent le Monde*, Paris, 1955, págs. 70-71.

a Lord Palmerston para que no se hiciera el Canal. Pero la visión de la política exterior de Disraeli había variado, y ahora, ante la noticia de la posible adquisición de las acciones del Canal, su imaginación se inflamó. Telegrafió al agente inglés en Egipto, Stanton, y supo que el Kediye había concedido opción al grupo francés, por 92 millones de francos, hasta el martes siguiente. *El Kediye prefería tratar con Inglaterra, según comunicó Stanton*; pero necesitaba urgentemente dinero y, como el Parlamento había suspendido las sesiones, era difícil llevar a cabo el negocio, por que cuatro millones de libras forman una suma que era imposible extraer sin crédito del presupuesto. "Apenas si tenemos tiempo de respirar; pero es necesario hacer esta operación", escribió Disraeli a la Reina (3).

El Gobierno francés no creaba obstáculos; al contrario, el Duque de Decazes deseaba vivamente el apoyo de Disraeli contra Bismarck y desanimó a los Bancos franceses, los cuales renunciaron a la opción. Pero se necesi-



activamente, sumándose con mal disimulado regocijo a la acción externa (6).

Amenazada por Oriente y cerradas sus puertas en el Sur, los pueblos europeos contemplan cómo se trata de controlar — y no precisamente por Nasser — la vía libre que les unía con el Medio y el Extremo Oriente. Europa va siendo aislada sistemáticamente, y sobre su cuerpo agonizante, el comunismo bolchevique y el capitalismo internacional, discuten el reparto de sus despojos (7).

* * *

Egipto tiene sus razones, como sin duda las tienen otros. Pero, a Europa — no nos referimos ahora, precisamente, a la Compañía del Canal de Suez — se le niega toda razón.

El Barón Lionel Rothschild podría sentirse satisfecho de sus hazañas. El que manejó la Europa de su tiempo,

(6) No podemos olvidar el apoyo británico al sionismo en 1917; la labor de Wilson — flanqueado por el famoso Bullit — en la consolidación de la revolución bolchevique, en su primera fase; la ayuda de Roosevelt a Stalin cuando la invasión alemana; la sistemática acción antifrancesa en Siria y el Líbano por los gobernantes británicos; la destrucción, "sin condiciones" de Alemania e Italia en la pasada guerra; la colaboración amistosa de ingleses y norteamericanos con el Sultán marroquí; la huida británica de Palestina en 1948; las condescendencias de Washington y Londres con Indonesia, la India y la China roja; la labor de Mendes-France en la entrega del Vietnam septentrional, con su importante población católica; etc., etc.

(7) Sobre el papel desempeñado por Norteamérica en Egipto, pueden leer con provecho nuestros lectores en la "Crónica Política" de este mismo número, una interesante correspondencia de Carlos Sentis, desde París.

el que se servía de las sociedades secretas para fines de una mayor trascendencia, el que hizo triunfar a Disraeli, puede ver a los pies de sus sucesores una Europa dividida y triturada. La obra persistente del protestantismo y de la masonería parece alcanzar sus más caros designios. Recordemos, como ejemplo, la "misión del Rearme Moral", de cuya importancia pudieron darse cuenta nuestros queridos lectores, a través del texto que publicamos en un anterior número (8).

El objetivo es Europa. No lo olvidemos.

¿Qué ocurrirá ahora con la disputa sobre el Canal?

Posiblemente nada. Nos referimos a una posible conflagración bélica. Ahí están Norteamérica y la U. R. S. S. para evitarlo, hablando, claro está, en términos específicamente humanos.

Además, ni el señor Eden es Lord Palmerston, ni se ve en Francia a ningún Lesseps dispuesto a enfrentarse — ¿cómo podría hacerlo en estos instantes? — con los auténticos dirigentes políticos y financieros.

Y, sin embargo, es muy posible que Nasser — lo hemos indicado antes — no sea, en definitiva, el verdadero ganador de la disputa. Ahí está, muy cerca del Canal, ese pequeño Israel aguardando su hora.

¿No tendrán, acaso, en Tel Aviv, la solución "real" del problema?

JOSÉ-ORIOI CUFFÍ CANADELL

(8) Véase CRISTIANDAD, número extraordinario de julio de 1956.

Aprobación pontificia de la fiesta del Corazón Sacratísimo de Jesús

Una prueba evidente de que este culto promana de las fuentes mismas del dogma católico la da el hecho de que la aprobación de la fiesta litúrgica por parte de la Sede Apostólica precedió a la de los escritos de Santa Margarita María. En realidad, independientemente de toda revelación privada, y secundando sólo los deseos de los fieles, la Sagrada Congregación de Ritos, con decreto del 25 de enero de 1765, aprobado por Nuestro predecesor Clemente XIII el 6 de febrero del mismo año, concedió a los Obispos de Polonia y a la Archicofradía Romana del Sagrado Corazón de Jesús la facultad de celebrar la fiesta litúrgica. Con este acto quiso la Santa Sede que tomase nuevo incremento un culto ya en vigor, cuyo fin era «reavivar simbólicamente el recuerdo del amor divino», que había llevado al Salvador a hacerse víctima de expiación por los pecados de los hombres.

A esta primera aprobación, dada en forma de privilegio y limitadamente, siguió otra, a distancia casi de un siglo, de importancia mucho mayor y expresada en términos más solemnes. Nos referimos al decreto de la Sagrada Congregación de Ritos del 23 de agosto de 1856, anteriormente mencionado, con el cual Nuestro predecesor Pío IX, de inmortal memoria, acogiendo las súplicas de los Obispos de Francia y de casi todo el mundo católico, extendió a toda la Iglesia la fiesta del Corazón Sacratísimo de Jesús y prescribió su celebración litúrgica. Este hecho merece ser recomendado al recuerdo perenne de los fieles, pues, como vemos escrito en la liturgia misma, «de esta festividad, desde que fué extendida a toda la Iglesia universal como un río desbordado superó todos los obstáculos y se difundió por todo el mundo».

Pío XII. Encíclica *Haurietis aquas*

VENTANA ABIERTA

La insensibilidad social

No hace muchos días celebraba la Asociación Católica de Dirigentes en nuestra Ciudad una importante reunión. Objeto de estudio y de la preocupación de los reunidos eran los temas relacionados con el aumento de los salarios y la elevación del nivel de vida. En tiempos en que, como ahora, a menudo surgen las ocasiones propicias al lamento, a la queja y a la desazón — por lo menos en algunas materias, y no baladíes, por cierto — satisface dar con algún suceso de los que abren una salida hacia el optimismo.

El trabajador, cualquiera que sea su categoría, que se esfuerza por conseguir para su trabajo una remuneración justa, suficiente cuando menos, para llenar las necesidades de los suyos, es digno del máximo respeto. Tanto, desde luego, como se hace acreedor al desprecio el que considera, sin más, revolucionario, al obrero que persigue semejante fin. Lo cierto es, con todo, que no basta ver con buenos ojos y aun prestar el propio aliento, al trabajador que así se esfuerza. El desnivel social, mal endémico de los países pobres o medianamente dotados en bienes naturales, obedece a un cúmulo de variadas y complejas causas, que a todos afectan — trabajadores y no trabajadores —, y de las que todos, en diversa medida, venimos a ser responsables. El negarse a entrar en juego, en tal caso, por aquello de que, en realidad, no se halla uno directamente interesado en sus consecuencias, constituye, en el mejor de los casos, un verdadero pecado de omisión. Y ¿qué decir entonces de nosotros mismos, si acaso, saltando por encima de las reglas del juego, retenemos en la mano las mejores cartas para hacernos siempre con la ganancia?

* * *

¿Cuáles son los factores que han contribuido a esa falta de sensibilidad, que nos permite vivir tranquilos, a nosotros, cristianos, cuando nuestro hermano del suburbio, del taller o de la fábrica se debate en la angustia de una perpetua estrechez económica? No es posible, dentro de los breves límites de un comentario, que más que enjuiciar pretenda, antes que nada, señalar simplemente un fenómeno, hacer una enumeración exhaustiva de tales factores. Digamos, con todo, que existe en la ciudad una división en zonas, por clases sociales, que priva del contacto necesario para formarse idea de las condiciones en que se desenvuelve la vida de los demás. Por supuesto que cabría un conocimiento, siquiera teórico, aun contando con la realidad de tal división. Pero, en nuestro país es realmente fabulosa la ignorancia de las gentes en materias básicas para el caso. Las cifras de la renta nacional merecen el interés de muy pocos, fuera de que para la mayoría

tienen el valor propio de un jeroglífico. Así, por ejemplo, hay quien afecta pasmo frente a la abundancia de automóviles que discurren por la ciudad. Y la verdad es que una somera consideración del estado de aquellas cifras nos llevaría a conclusiones muy distintas de las que saca el vulgo de semejante abundancia de vehículos. Sabríamos, en concreto, que la riqueza de unos cuantos comporta necesariamente la pobreza o la escasez, rayana en la miseria, de muchos. Posiblemente, sólo con dotar al hombre de profesión liberal, a lo largo de sus años de estudiante, de un reducido, pero concretísimo bagaje de conocimientos en materia de factores de producción, fuentes de riqueza y distribución de capital en nuestro país, se habría dado un paso de gigante para cubrir tan lamentables lagunas y convertir al español medio en un ciudadano más consciente y responsable. Desgraciadamente, nada o muy poco se ha hecho en tal sentido. Las consecuencias están a la vista. La ignorancia en torno a cuestiones tan elementales ha sido desde el principio una de las determinantes de nuestra falta de sensibilidad social, supuesta la carencia de contacto con los sectores de población económicamente débiles, que nos impide conocer los problemas de modo directo y, como quien dice, experimental.

Por breve que sea la enumeración de factores, no cabe, con todo, detenerse en la ignorancia, para explicarnos el pecado de nuestra insensibilidad. Desgraciadamente, si para algunos la causa radica en su falta de información, para otros reside en una positiva deformación de la conciencia. Eso es, de mucho, infinitamente más grave entre cristianos. Valga un ejemplo, entre mil. Es corriente la constitución de una sociedad anónima de reducido capital. Y es corriente también que al cabo de unos pocos años, el negocio haya dado lo suficiente para disponer de unas reservas que permiten la ampliación del capital, hasta triplicar y cuadruplicar las cifras iniciales. El caso se justifica con la teoría de la autofinanciación. El trabajador ha percibido siempre unos salarios mínimos, incrementados, es cierto, en cada ocasión, con los sucesivos aumentos legales. Después de la ampliación seguirá en situación idéntica, salva la emergencia de unos nuevos aumentos imperados por la ley. Quiere decir eso que no ha tocado ni a un céntimo en el reparto por acciones de aquellos beneficios. Pero, ¿no ve usted, hombre de Dios, que la ampliación del capital es conveniente y aun necesaria para la buena marcha del negocio? Lo veo, en efecto, pero no comprendo cómo se justifica, si el nuevo capital proviene de ganancias obtenidas, en no pequeña parte, con el esfuerzo del trabajador, el que no le corresponda a éste una acción siquiera en el aumento del capital. O ¿es que puede usted demostrar-

me, con arreglo a criterios de estricta justicia y de moral cristianas, que todo el caudal de esfuerzo aportado por el trabajador para la obtención de aquellas ganancias, está sobradamente recompensado con la percepción de un salario mínimo? Y basta, por hoy.

El doctor Marañón y Ortega y Gasset

El doctor Marañón publica en el número de enero de este año de la revista "Ecrits de Paris" un trabajo dedicado a la figura de Ortega y Gasset. Estamos en un todo de acuerdo con el lector respecto a que el presente comentario llega con retraso. Pero, en todo caso, llega en el momento en que el número de tal revista ha caído en nuestras manos. Y como el trabajo en cuestión no es simple anécdota, que cae fuera de lugar una vez evaporadas las circunstancias en que el hecho a que se refiere tuvo vida, nos parece perfectamente natural la alusión al mismo que aquí se hace.

A nuestro ver, no es callando la verdad de las cosas como se "hace" cultura. La versión que en dicho trabajo se nos da de la figura y de la obra — estamos de acuerdo con Marañón que en Ortega la obra es ni más ni menos la figura, la biografía —, queda al margen de los criterios que posibilitan una auténtica valoración del personaje. Marañón, queriendo estar al día, resulta en ese trabajo completamente trasnochado. Creemos que al famoso doctor le ha sobrado tiempo para darse cuenta de que, si siempre en cristiano la valoración de un pensador viene dada en función de su proximidad o de su alejamiento a las fuentes puras de la verdad trascendente, hoy la valoración con arreglo a semejante criterio viene impuesta de modo insoslayable en razón del peculiar momento histórico que vivimos. No es posible enquistándose en un pasado que ya es humo, hablar con sabor de actualidad al presente. Es posible que el escritor, al llegar a la madurez y mucho más, al traspasar ya los límites de la madurez de su vida, sienta nostalgia de los entusiasmos de su juventud. De ahí a imaginar presente y actual todavía lo que años atrás provocó su entusiasmo va a menudo un paso, tan imperceptible a las veces, que ya se ha dado, cuando cree uno que apenas se ha movido. Todo eso se explica perfectamente, pero no basta para justificar el traspiés.

El humanismo liberal, el elegante escepticismo, el sectarismo larvado bajo formas de extremado refinamiento, son cosas que en el siglo pasado y en las dos primeras décadas del actual — y acaso nos alargamos demasiado — dieron para muy poco, y que en el presente resultan absolutamente inútiles. Y es una pena que el doctor Marañón no haya reparado en tal fenómeno. De haber reparado en él, hubiese andado cauto en el elogio del personaje, sabiendo que, en definitiva, son aquellas cosas trasnochadas, y hoy ya, en cuanto descubren una postura, perfectamente inútiles, las que le califican.

El problema espiritual del presente viene

condicionado por la permanente amenaza del comunismo. El comunismo ha abierto una honda sima en el alma de Europa. No se trata ya de una cuestión política, por más que la cuestión política deje entrever a todas horas la panorámica de problemas humanos de diversa índole y de complejidad tremendamente angustiosa. A través y por encima de la cuestión "comunismo", el hombre europeo, el que ha visto desgarradas sus carnes por el zarpazo de una guerra brutal, ha entrado en la única problemática de hondura radical y de permanente sentido: la del espíritu. Va a ella con ansia febricitante, en busca de una total solución. Rechaza la elegancia por la elegancia, el discurso por el discurso, la belleza de la imagen elaborada por afán de recrearse en la propia construcción. Por decirlo en términos de escuela clásica, no se para en el accidente, sino que quiere hacerse con la sustancia. Y es que presente, de manera vital, que la cuestión que se le plantea es de las de ser o no ser. No ser ni como individuo ni como sociedad con el comunismo, o ser como persona con el cristianismo. ¿Cómo hacer entonces que pase por maestro el pensador que voluntariamente quedó anclado en las tierras de un humanismo liberal, que carece de la profundidad necesaria para enfrentarse con éxito con la cuestión de vida o muerte que sale al paso del hombre de nuestros tiempos?

Tal vez por miramiento o por intuición de todas esas razones, el doctor Marañón no explica en su trabajo, de modo satisfactorio, en qué haya consistido de modo concreto el magisterio de Ortega y Gasset. Y acaso, también, por ello procura insinuar unas líneas de contacto, que por lo demás el mismo Ortega puso buen cuidado de por vida — nos referimos, está claro, a su vida pública de escritor y profesor de filosofía — "de internis non iudicat Ecclesia, cuanto menos nosotros — en negar, con las que son propias de un hombre de mentalidad católica. Pero, la verdad es desgraciadamente que, a ese respecto, lo primero que ha de pensar cualquiera que se haya adentrado en la obra del pensador madrileño, es lo expresado, según nos cuenta el mismo Marañón, por un gran escritor español de los tiempos actuales: "Ortega no parece haberse dado cuenta de que Jesucristo ha pasado por la tierra". Y aquí viene, antes de hacer punto final, el recoger nuestra afirmación de cuando los comienzos de este comentario: no se puede, callando la verdad, "hacer" cultura. Si es pecado histórico llamar maestro a quien se mantuvo apartado de los problemas que angustiaban a una generación, cuando era necesario estar a ellos atento para pronunciar la palabra orientadora, no puede admitirse en cristiano, por grande que sea nuestra caridad con el prójimo y por inmenso que resulte el espíritu de patriotismo que mueve a solidarizarnos con los talentos surgidos del propio terruño, se otorgue tal nombre a quien anduvo a ciegas en torno a la única y eficaz verdad, que es la de Nuestro Señor Jesucristo. — C. J.



Marcha atrás

(Divagación en torno a ese ídolo que se llama Don Pío)

A veces suceden cosas de difícil explicación. Una de ellas es la que está aconteciendo con la figura interesante y maliciosa de don Pío Baroja. Pero quisiera referirme en este artículo, más que al mismísimo don Pío, a esa legión de idólatras que no cesan de traerle y llevarle en procesión por todas partes.

Don Pío Baroja — todo el mundo lo sabe — ha escrito muchos libros. Y sobre don Pío se han escrito varios más. Sin embargo, yo no acabo de comprender cómo se puede adorar a un hombre que ha roto a puntapiés todos los ídolos de la vida, los verdaderos y los falsos, sin otras pretensiones que las de manifestar al mundo que la única condición que le conviene es la del salvajismo. La sociedad, piensa don Pío, se encuentra completamente degenerada. Por eso, lo mejor que le puede suceder al hombre es convertirse en animal que se defiende y mata, en un animal que vive en perfecta anarquía, que se revuelve contra la sociedad cargada de prejuicios y convencionalismos, y que pugna por liberarse de esa trampa que el mismo hombre se ha tejido con la civilización. No sé si don Pío habrá pensado en despertar la idea trasnochada de Rousseau en el *Emilio*; pero es lo cierto que en sus novelas parece que se han dado cita todos los enfermos, los amargados y heridos de la vida, los traperos, golfos y vagos, todos los hombres de la más baja ralea, positivamente inmorales, que publican la teoría embeberchinada del autor de tirar al monte. Y ésta es la antítesis respetada por el autor en cuestión, frente a lo auténticamente bueno, bello y santo, que tanto le amarga, por lo visto, al alustre escritor de la "generación del 98".

Teniendo en cuenta tan lucido espectáculo, no deja de ser sintomático lo que está pasando, sobre todo en el ejército de sus admiradores. Cualquiera puede observar que se ha perdido el gusto por lo grande, por lo señorial y aristocrático, por lo bello, y que el hombre se halla inclinado hacia lo indigno, hacia la incultura, el odio y todo lo peor. En lugar de dedicarnos,

en estos tiempos dificultosos en los que nos ha tocado vivir, al cultivo del amor, como medio el más eficaz de autorredención, gastamos el tiempo persiguiendo males, con el cultivo, sencillamente, del escándalo. Y lo alarmante de la hora presente es que los cultivadores de tales mercancías se dicen gentes de indudable talento, por más que lo que realmente posean sea una buena dosis de marcada perversión desenmascarada y consciente, pues tales son quienes hablan y escriben para la generalidad que no sabe...

* * *

No es extraño, pues, que a la luz de tales enseñanzas el mundo no parezca capacitado, si no es para comprender a los derrotados, a los anarquistas, a todos los amargados de la vida que devoran interiormente su gangrena angustiosa, febril y expansiva, cual si se tratara de un leproso que, para mayor desgracia suya, quisiera contagiar a todos los hombres. ¿A qué viene tanta siembra de odio?... Pero no divaguemos demasiado, ni vayamos a encontrar lo que buscamos en aviones supersónicos y en automóviles último modelo. Sobre todo, no nos dejemos conducir por estos guías de moda que, abocados al misterio del precipicio, se les ha olvidado cómo se da marcha atrás. Convenzámonos y despertemos. De otro modo, no sé a dónde llegaremos, de seguir paseando triunfalmente a ídolos de tan desvergonzada frescura. Porque, a pesar de todo — me vuelvo a referir a ese viejecito de ochenta y cuatro años, arrugadito ya como una pasa —, a don Pío Baroja se le trae y se le lleva por todos los lugares, cual hechicero estandarte de una campaña de malicia. Y a pesar de ser enemigo de toda la sociedad, ésta se interesa hasta por el menor detalle de este hombrecillo simpático que cala una boina hasta las orejas, sujeta los pantalones con una corbata vieja, se envuelve en una manta, liga sus zapatillas con una cuerda cualquiera y no duda en presentarse de esta facha delante de sus *hijos espirituales* y de sus *nietos adoptivos*,

que son legión, y le visitan con frecuencia, para marearle con una nube-cilla más de vano incienso.

Claro que su figura pasará, como está pasando la figura de todos los de su generación, la tan resobada "generación del 98": don Miguel de Unamuno, don Ramón de Valle Inclán, Ramiro de Maeztu, Eugenio d'Ors, don José Ortega y Gasset, etc., de los cuales solamente se han salvado los que todavía supieron decidirse valientemente a dar marcha atrás. Tal vez sobre la tumba de don Pío se celebre un acto académico y se lean algunos artículos literarios y se reciten algunas poesías. Pero, quizá, no suba al cielo la piedad de una oración para que su alma encuentre feliz acogida en el seno amplio de la misericordia de Dios. Y entonces todo habrá terminado, todo; es decir, don Pío y su máscara.

Hace algunos meses, en una revista que dirigen los PP. de la Compañía de Jesús, se hacía una llamada a don Pío, para que se detuviera a repasar un poquito su vida y se preparara a franquear la puerta del futuro. Porque si este paso sale mal... entonces sí que habría fracasado completamente en su vida. Y sería muy triste, ya que llamarse don Pío y...

Tiene razón J. L. Micó Buchón, S. I. Aunque le resulte a don Pío un poco dura la verdad, debe arrepentirse de todos aquellos alardes bravucones que exhibió en los años verdes de su juventud y aún en los de más allá y más acá de su juventud. Y en cuanto al coro de sus admiradores, mejor fuera que se dejaran ya de tanto artículo y de tanto bombo en torno al *mejor novelista* de España, que lo sería, sin duda, si sus libros convencieran, y si el estilo no se pareciera mucho a la indumentaria exterior y a la figura estrafalaria y enemiga de sus ideas. Hasta podían ensayar sus labios y su corazón en una oración sentida por el verdadero triunfo del idolatrado don Pío. Creo que no les sabría del todo mal, y el viejecito, a la hora de la verdad, se lo había de agradecer más que el momentáneo incienso que se traduce en "vivas" y en gritos de laica y desconsiderada adhesión.

Nosotros, los hombres de sotana, esos a quienes tanta fobia profesa el escritor, porque piensa que le están persiguiendo por doquier, nosotros lo hacemos así: nos interesamos por su figura y hasta abrigamos la esperanza de que sepa dar marcha atrás, como lo hicieron heroicamente muchos de sus amigos en el arte de la pluma: Maeztu, Benavente, etc. Que también los escritores saben dar lecciones de bien morir.

TEODORO RIVERO,
Agustino

Progresismo e integrismo

A pesar de la ostentación de modernidad que acostumbra a hacerse hoy día para andar más anchamente entre los difíciles vericuetos ideológicos en pugna, es lo cierto que se siguen manejando todavía muchos de los tópicos y lugares comunes de hace más de un siglo. Al abordar un tema así se rehuye siempre la definición de los conceptos que se barajan; y de esta manera no es posible establecer paralelismos o antinomias, ni profundizar nada en cuestión que tanto importa para la más eficaz propagación del Reinado de Cristo.

El ensayo de Joseph Folliet en el número 3 de la *Chronique sociale de France* (15 de mayo de 1955), reproducido más o menos en la revista *Criterio*, de Buenos Aires, y extractado recientemente en *Eccllesia*, no llega a precisar lo suficiente para que queden honradamente justificadas unas comparaciones que son a todas luces inexactas.

Un error de principio inutiliza en su misma base todos los razonamientos y afirmaciones que luego le siguen: me refiero al de calificar como "tendencia", "fenómeno" o "actitud" lo que es sencillamente una doctrina. El progresismo tiene un acervo de afirmaciones básicas que justifican el que pueda hablarse ya de principios o incluso doctrina progresista, la que fué objeto de explícita condenación por parte de la Santa Sede, ceñida, si se quiere, a los cristianos progresistas que tenían sus órganos de expresión y de propaganda, pero extensiva evidentemente a los que en mayor o menor grado comparten la actitud de aquéllos.

Del integrismo no puede en cambio afirmarse lo mismo. De él, y sólo de él sí puede decirse en todo caso que es una tendencia, más psicológica que doctrinal, un fenómeno, una actitud que no ha trascendido al plano ideológico. Ahora bien: no existe la necesaria homogeneidad ni el obligado sustrato de ideas en lo que Folliet llama un "fenómeno" para establecer entre ellos — progresismo e integrismo — una analogía, ni siquiera una oposición.

Se nos quiere forzar en todos los campos a admitir el planteamiento de toda cuestión a base de dilemas, o a lo más se concede una tercera solución, la que suelen adoptar los amigos del centrismo a ultranza; un término medio de dudosa virtud y sobre todo de muy dudosa operancia.

Aquí sí procede una inmediata semejanza: la de quienes en política reducen todas las cuestiones al comunismo y al anticomunismo, actitud como la que es objeto de este trabajo, simplista a no poder serlo más.

Es evidentemente impropio, planteado el asunto en estos términos, que a una doctrina progresista, léase modernista, se quiera oponer una "tendencia" integrista. No se ha explicado todavía a nadie la significación del adjetivo. No ha existido nunca el sustantivo con contenido doctrinal propio. El modernismo, del que los progresistas son agazapados fautores y entusiastas, ha sido condenado por San Pío X y por una encíclica — "Lamentabile" — que, claro, está hoy en pleno vigor y aun revalidada, si cabe expresarse así, por la "Humani generis" de Pío XII. El integrismo, sea cual sea su inexistente definición, no ha sido condenado, lo cual no quiere decir — al menos aquí no se quiere decir — que sea expresamente alabado, ni que se quiera negar la posibilidad de equivocaciones y desaciertos en los que profesan tal tendencia. Referido a este fenómeno cabe hablar más bien de exageraciones y aun de destemplanzas, las cuales tienen, por acercamiento o por desviación, una virtud teológica o cardinal a que referirse, pero no una doctrina sistemática susceptible de ser objeto de reprobación o de alabanza por quien tiene autoridad para hacerlo.

* * *

Y ahora un paso más: el equívoco posible entre lo que sin nombre propio especial puede llamarse simplemente defensa de la integridad dogmática de la Iglesia y de su Magisterio ordinario, con lo que intencionada y confusamente es llamado integrismo, se presta a camuflar un ataque a la misma Iglesia, so pretexto de combatir aparentemente las exageraciones de un pequeño sector de militantes, no excesivamente celosos como suele decirse, que en el celo no es posible nunca excederse, sino en todo caso con celo desviado. La maniobra es vulgarísima de puro repetida y anticuada, como vulgar es casi todo lo que ocurre detrás de tanta bambolla y aparato intelectualoide de hoy día, en el que apenas hay nada nuevo.

La distinción que evite el confusio-

gica, aunque algunos quisieran que la caridad equivaliese a blandenguería. Y, por tanto, los conceptos han de precisarse sin ese miedo a que se refiere Folliet en su trabajo, miedo que jamás tiene justificación en un cristiano, y que puede existir muy bien en los que sustentan una política centrista comodona y poco comprometedora que encubre su juego. Que no en balde y por desgracia suele ser la astucia patrimonio poco menos que exclusivo de los hijos de las tinieblas.

Aquí no se trata de hacer defensa ninguna del integrismo, sino de poner, como vulgarmente se dice, las cosas en claro. Se puede y se debe defender el sagrado depósito de la fe con valentía y con caridad — las dos cosas —, sin hacer concesión ninguna a principios erróneos, aunque se ame y se compadezca piadosamente a los que son víctima de ellos. Se puede y se debe hoy más que nunca proclamar el ideal católico sin exageraciones formales que olviden el respeto de las personas que no entienden o no quieren este ideal. Se puede y se debe también invocar el magisterio del Vicario de Cristo y el de los Obispos, sin que por ello se renuncie al esfuerzo y al fruto de la investigación racional, y merezca uno ser llamado retrógado; que no en vano el insulto es el arma habitual de los impotentes y de los incapaces.

Y, sin embargo, a tal actitud se la suele llamar muchas veces *integrismo*, oponiéndola, en un injusto plano de igualdad, a la de los que prácticamente hacen burla de la autoridad del Papa y de la Iglesia Jerárquica, so capa de que son o quieren ser la vanguardia de una Iglesia que viva plenamente los problemas modernos, como si este afán fuese exclusivo de ellos y no lo compartiera con mucha mayor intensidad y motivo el mismo Vicario de Cristo y los que siguen al pie de la letra sus enseñanzas, sin estar tarados de una impaciencia que desconoce, por lo visto, los medios infinitamente poderosos con que la Iglesia cuenta para la extensión del Reino de Dios.

* * *

Decididamente, la antinomia progresismo-integrismo no tiene base doctrinal ni lógica. Es sólo un vulgar expediente para poner en un mismo plano el castigo de una condenación pontificia y la reacción anti-integrista de los que, siendo sus víctimas directas, quieren con hábitos cristianos continuar su labor contra la Iglesia viviendo oficialmente dentro de la misma Iglesia.

ROBERTO COLL VINENT

¡No atemorizamos a los fieles...!

El Cristianismo es una religión eminentemente positiva. Esta frase, que no deja de ser una gran verdad, es invocada continuamente por varios que, además, suelen añadir gratuitas afirmaciones con el fin de asentar firmemente aquella proposición. Dicen que la predicación debe rechazar tantas negaciones y prohibiciones, que causan obsesión a las gentes sencillas y dificultan el apostolado activo, de urgente necesidad en nuestros días; que hay que evitar tanto "moralismo", que convierte a los cristianos en mezquinos y egoístas; que resulta contraproducente insistir sobre la perversidad del pecado, el castigo del infierno, las condenaciones de la Iglesia... Por poco que meditemos, observamos que una piedad fomentada con tales prejuicios no es ni mucho menos el "Evangelio puro" que pregonan a cada paso, ni puede promover a la "unión vital con Cristo" de que tanto alardean.

Partiendo de innegables verdades, y no sabiéndolas aplicar rectamente, no es de extrañar que acaben por profesar ideas peligrosísimas y en abierta oposición al sagrado Magisterio. En efecto: lo principal para ellos es la práctica de las llamadas virtudes *activas* o apostolado de acción, aunque fuere en detrimento de las que llaman virtudes *pasivas*, como la humildad, la penitencia, la obediencia, la oración privada, etc., que son tenidas como secundarias. Y quien sostuviere que lo principal es perfeccionarse a sí mismo para conseguir la propia salvación, es tenido como hermético y egoísta, por faltarle, según ellos, espíritu de entrega hacia los demás. Olvidan que el propio perfeccionamiento implica necesariamente la práctica de las obras de misericordia (la limosna, la corrección fraterna, el perdón al enemigo, la acción católica, etc.), que no son otra cosa que el apostolado activo en todo su extensísimo campo, aunque sin las imprudencias propias del catolicismo *progresista*. Con el nombre de *herejía de la acción* (1) fueron reprobadas por Pío XII semejantes maneras de pensar y proceder. Ya tuvo que condenar tales ideas el Papa León XIII, y así se expresó San Pío X referente a lo mismo:

"Piensan algunos, y hasta lo pregonan, que el sacerdote ha de colocar todo su empeño en emplearse sin reserva en el bien de los demás; por ello, dejando casi todo el cuidado de aquellas virtudes — que ellos llaman

pasivas — por las cuales el hombre se perfecciona a sí mismo, dicen que toda actividad y todo el esfuerzo han de concentrarse en la adquisición y en el ejercicio de las virtudes *activas*. Maravilla cuánto engaño y cuánto mal contiene esta doctrina" (2).

* * *

La virtud de la caridad suele ser también muy peculiar en ellos. ¡Hay que "abrirse hacia la izquierda"! Son muy "abierto" y "comprensivos" para con los enemigos más notorios de su fe. En cambio, no es nada raro oírles proferir las más despiadadas burlas contra los "píos", los "ñoños" y los "beatos", los "herméticos conservadores" y los "furiosos integristas".

La temeridad, que, tratándose de moral, no es otra cosa que la acción de exponerse en peligro próximo de pecar, ya no implica para muchos de ellos tal peligro, sino simple "decisión", o todo lo más "audacia" y "atrevimiento"; no faltando quienes vean en ella "decidido apostolado". Son temerarios en la fe católica por su pragmatismo, por su irenismo, por su desprecio a la teología escolástica y, sobre todo, al considerar como simples opiniones las doctrinas del Magisterio eclesiástico (mientras no se trate de decisiones dogmáticas, o por lo menos infalibles) que, aunque muy dignas de aprecio, dicen, no exigen acatamiento alguno, y pueden muy bien exponerse a la pública discusión. Un libro, cuya lectura reporte graves peligros para la fe, será un libro prohibido para los "ñoños", quienes se "escandalizan" con sólo mirar las cubiertas, pero para los "entendidos" e "ilustrados" es un libro "fuerte" y "atrevido", y puede ser muy ameno e interesante si su autor es un "discutido" maestro. Lo propio podría decirse en cuanto a la temeridad en otras virtudes.

Lo que no se explica de ellos es que, mientras tan adversarios se manifiestan frente a lo que llaman "orientación negativa de la espiritualidad", no reparan, en cambio, en sembrar, con espíritu extremadamente negativo y destructor, recelos contra ciertas prácticas de piedad encomiadas e indulgenciadas por la Iglesia, atacándolas de "formulismos rutinarios" y "beaterías sensibleras y femeninas". Les molesta, por anticuado, lo que llaman "paternalismo" sacerdotal. Su ánimo burlesco no se detiene ante las manifestaciones externas y públicas — di-

cen "aparatosas" — de nuestra religiosidad, ni ante las piadosas tradiciones y creencias populares. ¿Se habrá llegado a la conclusión de que el escándalo ya no es falta alguna contra la más excelente de las virtudes? El tan combatido Pontífice San Pío X ya tuvo que lamentarse de semejante espíritu destructor, de innegable sabor modernista:

"Lloramos que un gran número de jóvenes que fueron ciertamente de gran esperanza y hubieran trabajado provechosamente en beneficio de la Iglesia, se hayan apartado del recto camino. Y nos son causa de dolor muchos más que, aun cuando no hayan llegado a tal extremo, como inficionados de un aire corrompido, se acostumbraron a pensar, hablar y escribir con mayor laxitud de lo que a católicos conviene. Los hay entre los seglares. Los hay también entre los sacerdotes, y no faltan donde menos eran de esperarse, en las mismas órdenes religiosas... Escriben historias donde, so pretexto de aclarar la verdad, sacan a luz diligentísimamente y con cierta manifiesta fruición todo lo que parece arrojar alguna mácula sobre la Iglesia. Movidos de cierto apriorismo, por todos los medios se esfuerzan por destruir las sagradas tradiciones populares... Arrástralos el vano deseo de que el mundo hable de ellos, lo cual piensan no lograr si dicen solamente las cosas que siempre y por todos se dijeron" (3).

Su espíritu revolucionario, del cual tanto se glorian, y su desmesurado afán de novedades los mueve a pretender revisar muchas cosas en la Iglesia de Dios. No exageramos: somos testigos con gran sorpresa de oír, entre otras expresiones, que el Código de Derecho Canónico ya resulta arcaico en nuestros días; que conviene cambiar la mentalidad de la Iglesia; que no "molestemos" a los protestantes, que, al fin y al cabo, leen la Biblia, que es la palabra de Dios; que hay que formar al hombre, y luego ya formaremos al cristiano...; que en la Misa hay errores garrafales — ¡el Ofertorio no está en su lugar adecuado! —; que convendría revisar el Canon de la Misa, pues el vigente se nos aparece ya como un conjunto de fórmulas arqueológicas, sin ilación alguna y ajenas a la mentalidad moderna (4)... Repetimos, no exageramos.

¡Negaciones como éstas no atemorizan a los fieles...!

B. V.

(1) Const. Apost. *Menti nostrae*. Véase "Colección de Encíclicas y Documentos Pontificios", Acción Católica Española, 5.ª ed., pág. 821.

(2) Cons. Apost. *Haerent animo*. Véase "Colección de Encíclicas...", pág. 623.

(3) Litt. *Enycl. Pascendi*. Véase "Colección de Encíclicas...", pág. 611.

(4) La ofensa a los píos oídos y la temeridad de tales expresiones salta a la vista. Las dos últimas por poco rozan con el anatema lanzado en la siguiente definición dogmática: "Si quis dixerit Canonem Missae errores continere, ideoque abrogandum esse: anathema sit". (Conc. Trident., sess. 22, can. 6; Denzinger, u. 510.)

TRES DOCUMENTOS FRANCESES SOBRE EL PROBLEMA DE ARGEL

Patriotismo y pacifismo

El R. P. Ducattillon, Provincial de los Dominicos de París publicó en La Croix un artículo intitulado: "Actualidad del Patriotismo".

Recordando ciertas desviaciones en que han incurrido algunos cristianos, de los "que cuentan actualmente cincuenta años", el autor se felicita de que hayan reaccionado.

"Urgía entonces — dice — demostrar que la noción *patria* no era necesariamente una noción cristiana, puesto que bajo el aspecto cristiano podía llegar a considerarse, incluso, como una reviviscencia del paganismo, haciendo de ella una divinidad, y si es verdad que hay verdadero patriotismo, también lo hay *falso*, y si la patria tiene derechos, éstos vienen limitados por los derechos de Dios, que son más elevados, y no pueden en modo alguno confundirse con los de la patria.

"Era preciso hacer comprender también — lo que muchos parecen ignorar a veces — o sea, que el *cristianismo* insiste más sobre la noción universal del hombre considerado en sí mismo, que sobre la noción de patria, y que llama a la humanidad entera para formar una sociedad única...» «era preciso demostrar que la conexión entre la patria y la paz era más profunda y más esencial aún que la que hay entre la patria y la guerra».

"Ocurrió, sin embargo... que de un exceso se cayó en el diametralmente opuesto, y en eso precisamente consiste la crisis de patriotismo que padecemos actualmente.

"Con el pretexto de corresponder a las exigencias internacionales se han llegado a minimizar y hasta anular las de la patria.

"Con el pretexto de paz, se llega a un verdadero pacifismo sistemático que condena todo empleo de fuerza.

"Con pretexto de justicia y caridad para con los otros pueblos, se desconoce la justicia y la caridad que debemos al nuestro, lastimando de este modo el más delicado sentimiento patriótico, que no consiste en otra cosa sino en el legítimo amor de preferencia debido a nuestro propio país.

"Por lo tanto, hoy día es muy importante restablecer el equilibrio roto; denunciar valientemente la anemia patriótica y la parálisis de derrotismo que nos amenaza; reafirmar el fundado amor a la patria y sus derechos, empezando por el que tiene de usar la fuerza cuando fuera

menester y por el de llamar a sus hijos para que le presten su concurso. Ni el derecho natural, ni la Fe cristiana, ni las necesidades de la evolución del mundo podrán exigir nunca el abandono de las patrias, ni tampoco su derecho a usar la fuerza conforme a la justicia..."

El R. P. Ducattillon indica, en fin, los principios que, en este aspecto, deben ilustrar el juicio:

"El derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, no es un derecho absoluto e incondicional... El mundo es de todos, y ningún país tiene el monopolio exclusivo de alguna determinada categoría de hombres. Lo que algunos autores llaman derecho de comunicación y de sociedad, es decir, derecho de emigración y de inmigra-



ción, es el principio más fundamental del derecho de gentes...

"...corresponde a la patria de origen de los colonos, protegerlos si su seguridad, o simplemente sus legítimos intereses, están gravemente amenazados, y esto puede constituir una razón válida para que la madre patria establezca su dominio en un país colonizado por los suyos. Tal es el verdadero fundamento del derecho político de colonización.

"Para un pueblo así sometido a tutela, perseguir una emancipación política que redunde en detrimento de las poblaciones establecidas más recientemente, es contrario a la justicia.

"En fin, un pueblo no puede valerse de medios terroristas, o que lo sean más o menos, para reivindicar su derecho patriótico por legítimo que éste pueda ser. El terrorismo, sea cual sea el motivo que lo inspire, es condenable y debe ser reprimido."

«La Croix» se inquieta por las nuevas medidas contra los liberales

Ha escrito M. Pierre Limagne en *La Croix* comentando el arresto de M. de Maisonseul: "Nueva fase de la lucha entre las dos facciones, cuyos campeo-

nes son M. de Serigny, director de *L'Echo d'Alger*, y M. Chevalier, alcalde de Argel:

"Uno se pregunta qué repercusiones podrán tener en el debate las nuevas medidas contra los "liberales" argelinos.

"Se trata, evidentemente, de una nueva fase de la lucha entre las dos facciones cuyos campeones son: M. de Serigny, director de *L'Echo d'Alger*, y M. Chevalier, alcalde de Argel.

"Es evidente que si se quiere obtener la unión de las masas musulmanas, especialmente de las masas rurales, es preciso evitar todo gesto que pueda dar lugar a suponer una próxima disminución del esfuerzo militar francés.

"Pero las selecciones a las que deberemos llamar mañana para formar la comunidad franco-magrebina, sienten aumentar su cólera a medida que se hiere a los medios franceses que habitualmente les tratan en plan de igualdad, y es peligroso que los poderes públicos no comprendan el perjuicio inmenso ocasionado a la causa por una necesaria reconciliación debida a las recientes medidas tomadas contra los sacerdotes de Souk-Ahras.

"Es difícil encontrar el justo medio. Debe buscarse con mucho cuidado, si no se quieren cometer errores graves."

La Asociación «Saint-Cyrienne» pide «que sean perseguidos todos los que traicionen a la patria»

Los miembros de la *Saint-Cyrienne* (Asociación de Antiguos Alumnos de la Escuela especial Militar), reunidos en París en Asamblea General, "lanzan a la nación y a los poderes públicos una llamada solemne para que el Ejército francés quede protegido contra aquellos que, por sus palabras, escritos o actos, directa o indirectamente, verifiquen trabajo de zapa contra la misión que le ha sido confiada por el país".

"Piden que sean enérgicamente perseguidos todos aquellos que, agentes conscientes o inconscientes del extranjero, traicionan a la patria, denigran la obra de pacificación emprendida, e insinúan que es inútil o injusta; aquellos que material o moralmente proveen de armas al terrorismo y refuerzan su posición; aquellos que, en fin, preconizan soluciones que llevarían a abandonos de los que, inmediata y sistemáticamente, se haría responsable al Ejército."

EL COMBATE DE HOY

Sobre el tema del patriotismo y de los problemas planteados en el Africa del Norte, expuesto con tanta ponderación por el P. Ducatillon en el diario La Croix, y del que hemos reproducido varios fragmentos, las conocidas publicaciones francesas Itinéraires y La Pensée Catholique, han publicado sendos editoriales, que creemos merecerán la atención de cuantos siguen seria y objetivamente el desarrollo de la situación en el vecino país y, en general, en toda Europa.

Cuando en un periódico como **La Croix**, un autor tal como el P. Ducatillon, escribe que:

1. Hay una **«crisis de patriotismo en el seno del catolicismo francés»**;

2. esta crisis **«es uno de los más agudas y más graves del momento presente»**;

3. el **«porvenir del catolicismo francés»**...

4. ...**«y el de nuestro país mismo»** depende de su evolución; cuando, por otra parte el P. Ducatillon puntualiza que esta crisis es de gravedad extrema:

1. es debida a **«la influencia»** de tendencias extrañas al cristianismo, **«empezando por el marxismo»**;

2. y que esta influencia se ejerce sobre **«aquellos que gustan considerarse como «l'aile marchante» de la Iglesia»**; entonces podemos pensar que nuestras inquietudes, que nuestras angustias, no están fundamentadas en ilusas imaginaciones personales.

Nuestras inquietudes y nuestras angustias son confirmadas.

Pero también queda confirmada nuestra resolución de proseguir, con la ayuda de Dios y en cuanto de nosotros depende, la obra emprendida.

* * *

Precisamente es **contra esta influencia marxista**, asimilada y propagada por **aquellos que gustan considerarse como «l'aile marchante» de la Iglesia**, y para hacer frente a esa crisis, que los escritores católicos de diferentes edades, gustos, preferencias y preocupaciones personales, aportan a esta revista una colaboración que no ha podido desanimar ninguna de las presiones, maniobras de intimidación, campañas denigrantes, ninguno de los malos procedimientos urdidos contra aquellos que han aceptado el venir aquí y «comprometerse» a exponer lo que a veces les fué difícil, o más bien imposible, hacer en otra parte.

* * *

La crisis del patriotismo francés, que compromete hasta la existencia de la Patria —porque el patriotismo de los católicos es el que debe ser más puro, más vital, y porque es también el más indispensable para los destinos de Francia— no es la única de las crisis mortales, y conjugadas, a las que nos es preciso hacer frente en el día de hoy.

Es, dice el P. Ducatillon, **«una de las más agudas y de las más graves del momento actual»**. Hay otras que nos asaltan simultáneamente.

En un tiempo en que las cuestiones sociales tienen, en los hechos y en los espíritus, una influencia muchas veces determinante, **la crisis de la doctrina social, y del comportamiento social en el seno del catolicismo francés** es, ciertamente, también de suma gravedad y, por lo tanto, debe, al mismo tiempo, reclamar nuestra atención. Lo «social» y lo «nacional» están al mismo tiempo amenazados y comprometidos. Y lo «social», más aún que lo «nacional», constituye el terreno sobre el que se ejerce la influencia marxista y la penetración comunista. Es sirviéndose de lo «social» como intermediario que el comunismo alcanza hasta lo «nacional» y le hiere.

* * *

En el terreno de lo social se presenta una grave cuestión de conciencia a los católicos franceses. Marcel Clement la ha expuesto en nuestro número anterior. Este mes insiste sobre los problemas esenciales, a la luz de la enseñanza más reciente del Sumo Pontífice. En nuestros «Documents», el capítulo sobre **«L'opposition**

à la doctrine sociale de l'Eglise» muestra hasta qué punto inaudito de confusión y de gravedad alcanza hoy día esta crisis.

La crisis de lo social y la crisis de lo nacional son los dos aspectos inmediatamente dramáticos de la crisis profunda que atraviesan la inteligencia y el alma francesa. Más que nunca urge hacerle frente con claridad y con verdad.

* * *

Nosotros aportamos el testimonio de nuestros trabajos y de nuestra fe. Nosotros creemos y queremos ante todo hacer compartir esta convicción: que es accesible el objeto de nuestra esperanza por la oración de la Iglesia. Por la oración participamos en la causalidad de Dios y cambiamos la faz del mundo. Es por la oración que se mueve el cristiano, y su misma acción exterior es inspirada, dirigida y alimentada por su oración. Los pensamientos y las acciones de los hombres que no son hijos de la oración son: impotencia y vanidad en lo temporal y en lo espiritual.

Nosotros creemos, y debemos testimoniar, que nuestra salud espiritual, y por añadidura la temporal, depende del número y de la calidad de las almas que ruegan al Padre en nombre de Jesucristo, por intercesión de la Santísima Virgen, en la comunión de los santos, bajo la dirección y en unidad con la Iglesia jerárquica.

Nuestras tareas temporales tienen valor en la medida en que participan algo de esa luz, de ese espíritu, de esa vida.

* * *

Luchamos sin contemplaciones contra las ideas falsas que llevan al mundo a su perdición y que, en Francia, han producido esa trágica **descomposición** de costumbres, de espíritus y de instituciones en medio de la que vivimos. Nos ha tocado en suerte vivir en ella y nuestra vocación es combatirla. Combatimos en la brecha por la que penetran las influencias ideológicas que invaden la conciencia y el corazón de los franceses.

Los errores mortales que socavan al hombre francés, los combatimos sin indulgencia ni debilidad, pero, en primer lugar, hemos de combatirlos en nosotros mismos. Es a nosotros mismos a quien primero hemos de convertir, y esta conversión nunca está acabada, nunca es suficiente; es continua o deja de ser. En principio y siempre, el alma y el corazón francés que hemos de defender es el nuestro propio. Es sobre sí mismo que se mueve el cristiano: su acción sobre los demás, sobre los seres y sobre las cosas, pasa a través de su acción sobre sí mismo, y depende y es consecuencia de esta acción.

* * *

No pretendemos dar lecciones a nadie, salvo a nosotros mismos. Los errores que examnamos, y que combatimos con la mayor energía, los combatimos con el fin de defender, o encontrar de nuevo para nosotros mismos, la seguridad de corazón, la verdad de pensamiento, la justicia y la paz del alma. Tal vez haciéndolo así, podremos también procurarlos a otros: lo podremos en la medida en que nos apliquemos a nosotros mismos la exigencia espiritual e intelectual.

Es, por lo tanto, obrando en nosotros que podremos también, con la gracia de Dios y si tal es su voluntad, obrar sobre los demás, conmovierlos, convencerlos, defenderlos y salvarlos.

Y por añadidura, y de este modo, salvar la Patria, para la cual la hora presente es la hora de la confusión, la hora de las tinieblas; para el mundo todo, la hora de la humillación, y para el Africa del Norte la hora de la sangre.

(Editorial de la revista **Itinéraires**, de París, julio de 1956)

«INTEGRIDAD DE LA RELIGION, SEGURIDAD DE LA PATRIA»

Los periódicos católicos franceses están prohibidos en los cuarteles y escamoteados en África del Norte, donde nuestros Ejércitos están en guerra.

Un miembro eminente de los intelectuales católicos es apresado y encarcelado por haber tenido conversaciones con algunos rebeldes que derraman la sangre francesa, cristianos y musulmanes.

Un universitario católico es objeto de persecuciones judiciales por haber desmoralizado al ejército en la hora del combate...

He aquí algunas de las noticias que publican los periódicos de información durante los últimos meses.

Los legos exclaman: al fascismo, al nazismo, al anticlericalismo. Está dicho muy pronto.

¿Habrá un conflicto grave entre la sociedad civil y la sociedad religiosa, entre el Estado y la Iglesia?; ¿hostilidad del poder temporal con respecto al poder espiritual?

Dice el *Français moyen* que la sociedad se defiende.

Sobre la sociedad pesa la obligación de velar por el bien común nacional. Debe defender — es su misión primera — este bien, contra todos aquellos, sean los que fueren, que le ocasionen grave daño.

No es contra la Iglesia que interviene hoy día el poder temporal, ni contra “la conciencia cristiana universal” (?), sino contra ciertos miembros de la Iglesia, contra los cristianos que se mueven según su conciencia más o menos bien formada, más o menos deformada.

No hay peor enemigo del bien común de la ciudad — la historia lo ha dicho con frecuencia — que las ideas “cristianas” desquiciadas.

La idea de inspiración cristiana que no queda encuadrada al cuerpo de doctrinas de la Iglesia, la idea “cristiana” privada, separada de toda regulación de las leyes de la razón y de las leyes de la Iglesia, se convierte en una *idea loca* y tiende a convertirse en *principio de anarquía y de revolución*. Por generosa que sea, es mortífera y responsable de crímenes humanos.

Es un caso típico de subversión y de perversión, como los ha habido en el curso de los siglos, aunque muchas veces la misma Iglesia nos haya preservado de ellos. Lo que la Iglesia ha hecho para defender la ciudad y protegerla lo hace también hoy y lo hará mañana. Es su misión, de reina de las sociedades humanas, que exige una llamada constante a la *integridad* de la enseñanza divina, a la integridad de la fe de todos.

Ya en el siglo I, San Pablo lanzó enérgicas protestas contra aquellos que deforman sistemáticamente la enseñanza de Cristo. En su primera Epístola a Timoteo, se lamenta de que la doctrina que ha predicado haya sido corrompida: los doctores revolucionarios tergiversan los preceptos y los consejos del Evangelio; con el nombre del apóstol se amparan los movimientos de rebeldía, de cólera, de anarquismo. En su Epístola a Tito exige que sean reducidos al silencio aquellos que han querido extraer de la palabra de Dios, que se les ha predicado, un fermento de revolución: “Repréndelos duramente — manda a su discípulo —, a fin de que tengan una fe sana, *ut sani sint in fide*”.

A principios de nuestro siglo, en su carta a los obispos de Francia sobre *Le sillon*, San Pío X denuncia igual corrupción de la doctrina revelada, en el aspecto moral y en el político, de que se han hecho reos los doctrinarios del movimiento:

“... *La exaltación de sus sentimientos, la ciega bondad de su corazón, su misticismo filosófico, contaminado de*

una parte de ilusionismo, les ha conducido hacia un nuevo Evangelio, en el que han creído ver el verdadero Evangelio del Salvador...

“... *Teniendo su ideal el mismo tronco que el de la Revolución, no temen establecer entre el Evangelio y la Revolución aproximaciones blasfemas...*”

Recientemente, en su *Mensaje* de Pascua de 1956, Su Santidad Pío XII pone en guardia a los fieles del universo contra todas las corrupciones de la fe y las alteraciones de la religión católica:

“*La victoria no se ha asegurado a cualquier fe...*

“*No hay sino una apariencia de fe destinada a la derrota en ese vago sentimiento cristiano, flojo y vacío, por decirlo así, que no penetra en el espíritu más que hasta el umbral de la persuasión, ni en el corazón más que hasta el umbral del amor, que no constituye el fundamento y corona de la vida privada y pública, que no ve, en fin, en la ley cristiana más que una simple moral humana de solidaridad y una cierta actitud para promover al trabajo, a la técnica y al bienestar exterior.*

“*Los que tremolan el estandarte engañoso de este vago cristianismo, lejos de apoyar a la Iglesia en la terrible lucha que le es impuesta para conservar al hombre del siglo los valores eternos del espíritu, acrecen, por el contrario, la confusión, ya que con ello se hacen cómplices de los enemigos de Cristo.*

“*Este es el caso, en particular, de los cristianos que, engañados o sometidos por el terror, cooperan con los sistemas discutibles de progreso material, que exigen, en contrapartida, la renuncia a los principios sobrenaturales de la fe y a los derechos naturales del hombre.*”

Nos parece que hoy, más que ayer, la Iglesia insiste sobre el deber que tenemos todos de guardar íntegro el tesoro de la fe. Lo hace en su enseñanza cotidiana, en las encíclicas, en los mensajes doctrinales del Santo Padre y en su oración litúrgica.

Baste para ello reproducir la cuarta de las oraciones solemnes de Viernes Santo según el nuevo orden de Semana Santa:

Omnipotens sempiterna Deus, in cuius manu sunt omnium iura populorum: respice benignus ad eos, qui nos in potestate regnunt; ut ubique terrarum, dextera tua protegente, et religionis integritas, et patriae securitas indesinenter consistat...

Religionis integritas y patriae securitas. ¡Qué sugestiva aproximación! La integridad de la religión y la seguridad de la patria vinculadas en el deseo de la oración de la Esposa de Cristo, porque la una es inconcebible sin la otra, porque no existe ejemplo, en la historia, de que una ciudad prospere cuando sus hijos se entregan, sistemáticamente, a la corrupción de la fe, a la alteración profunda de la religión.

Y vemos entre nosotros a aquellos que se encarnizan contra la integridad de la fe perder todo el sentido nacional y el amor a la patria... si es que llegan a aceptar siquiera una idea de patria.

En estos tiempos de subversión y de perversión — de los que no escapan los cristianos —, la Iglesia, Reina de las naciones y de los pueblos, toca a alarma sin cesar:

“*Fundada sobre la roca viva de la fe, única depositaria de la integridad de esta fe, dice Pío XII en su último Mensaje pascual, la Iglesia levanta la bandera salvadora en medio de los pueblos, a fin de que los creyentes, verdaderos y activos, trabajen bajo su dirección por la salvación común.*”

«PERIODICO, UNICAMENTE MISIONERO»

Según noticias recogidas en *La Documentation Catholique* y en otras varias revistas francesas, así como por referencias directas que reputamos dignas de crédito, algunos señores Obispos de Francia han prohibido la venta, dentro de las iglesias, del semanario *Témoignage Chrétien*. Dada la índole de esa medida que, como decimos, no afecta, al parecer, a todas las Diócesis francesas, consideramos de interés dar a conocer a nuestros lectores un estudio sobre la significación del referido semanario, que traducimos de la obra de Jean Madiran, *Ils ne savent pas ce qu'ils disent* (ed. en París, 1955) y que publicamos a título documental.

No entra en nuestro propósito tratar mucho de *Témoignage Chrétien*. Con referencia a este "semanario católico", la opinión pública lo ha hecho con frecuencia. No estoy seguro de que lo haya hecho bien. Sin embargo, la atención de los católicos está suficiente, y tal vez excesivamente, puesta en guardia por lo que a él se refiere.

Se ha reprochado mucho a *Témoignage Chrétien* el adoptar posiciones doctrinales implícita, y a veces explícitamente, en contradicción con la doctrina de la Iglesia. Incluso se han hecho demostraciones, pero resulta que, como todas las demostraciones, tienen su parte fuerte y su parte débil. Están, desde luego, faltas de indulgencia, lo cual no quiere decir que estén faltas de verdad. Pero esto no es asunto mío. Yo puedo decir que ciertas posiciones religiosas sostenidas por *Témoignage Chrétien*, pasada una decena de años, han provocado mi asombro. Mi asombro: esto no es injurioso, ni aun acusador, para los dirigentes de este semanario. El asombro es útil. Es uno de los sentimientos que ayudan a la búsqueda de la verdad. Aparentemente, *Témoignage Chrétien* no ha presentado ninguna deformación de la doctrina cristiana, por lo menos alguna deformación grave. La Jerarquía es la que ha de juzgar en este punto, y la Jerarquía ordinariamente ha juzgado que *Témoignage Chrétien* es, desde este punto de vista, tan irreprochable como puede serlo un periódico. Los católicos que tuvieran un sentimiento propio contrario a este juicio deben inclinarse ante él; es decir, renunciar al mismo o, por lo menos, silenciarlo. Es la actitud que yo aconsejaría si hubiera de dar un consejo; en todo caso, éste es el mío.

* * *

Por una parte, *Témoignage Chrétien* sostiene algunas "opiniones particulares" que ya ha precisado que no "comprometen a la Jerarquía". *Témoignage Chrétien* ha criticado vivamente "la orientación hacia la derecha del M. R. P.", situándose de este modo (a excepción de M. Folliet, que se reserva) bastante lejos "a la izquierda". Aparentemente no está prohibido a un católico ser de extrema izquierda (tampoco es obligatorio). *Témoignage Chrétien* ha sustentado ardientemente la política de M. Mendes: esto no está prohibido a los católicos (no es tampoco en absoluto un imprescindible deber). *Témoignage Chrétien* ha tomado posiciones muy tajantes en la cuestión de la guerra de Indochina, claramente hostiles a la resistencia militar que Francia oponía al "presidente" Ho Chi Minh: esto entra perfectamente en el derecho de los católicos, la actitud de la Jerarquía con respecto a este semanario lo garantiza (pero tienen también el derecho de adoptar una posición contraria). Sobre el partido comunista, *Témoignage Chrétien* sigue ordinariamente una línea hostil a todas las medidas de policía, de represión, de fuerza: es preciso llegar a la conclusión de que los católicos no están en modo alguno llamados a reclamar el

castigo para las ilegalidades y crímenes de los comunistas (no es preciso deducir de esto que les está prohibido). La actitud del Episcopado francés con respecto a *Témoignage Chrétien* es un ejemplo magnífico de lo que M. François Mauriac llama "la gran libertad que la Iglesia deja a sus hijos en materia política". Sería injusto, indebido, y, por otra parte, fuera de lugar, reprochar a la Jerarquía, puesto que en esta cuestión es único juez. La crítica y la denigración en este caso son cosas absurdas y malignas; tienen, además, el inconveniente de cegar el espíritu y disimularle las lecciones positivas y prácticas que se pueden deducir de este ejemplo significativo. [...]

Se puede estar cierto que un semanario o un diario católico que defendiera a ultranza las posiciones lícitas de los *Écrits de Paris*, o las del Centro Nacional de MM. Pinay y Duchet, o las de MM. Bidault y Teitgen, o las de M. Tixier-Vignancour, sería acogido inmediatamente en el seno de la prensa católica, citado en *La Croix* con tanta amabilidad como *Témoignage Chrétien* que apoya a M. Mendes, honrado en sus congresos con la presidencia y las felicitaciones de los mismos cardenales y los mismos obispos que honran los congresos de *Témoignage Chrétien*. Los que se lamentan de las libertades de *Témoignage Chrétien* se equivocan: que intenten el experimento y verán que las mismas libertades, los mismos honores, los mismos apoyos les serán paternalmente consentidos.

No es ciertamente el Episcopado francés el que hace dos pesos y dos medidas, es preciso proclamarlo bien alto: es, a veces o con frecuencia, cierta prensa católica arrastrada por sus pasiones políticas. Pero los obispos ciertamente estarían complacidos de que se extendiera el radio de la prensa católica, y de que hubiera a la extrema derecha el equivalente de lo que es *Témoignage Chrétien* a la extrema izquierda. Si un día tengo a mi disposición la décima o vigésima parte del "apoyo publicitario inaudito" que me supone generosamente el P. Gabel, fundaría tal vez un diario católico, que, por otra parte, no sería de "extrema derecha", ni aun forzosamente de "derecha". Y no dudo de la acogida que tendría este periódico por parte de la Jerarquía.

* * *

La prensa católica que tenemos actualmente no es una prensa políticamente "neutra". Tiene sus "opciones" y sus "tendencias" particulares. Verdaderamente muy "particulares", pues todas las tendencias políticas que van de la extrema derecha al M. R. P. inclusive se encuentran prácticamente combatidas. Lo hacen casi todos: por lo menos el 80 por 100 del público católico. Únicamente la tendencia de izquierda del M. R. P. (tendencia que, por otra parte, está en notable minoría dentro del movimiento) y diversos grupos pequeños más o menos "nueva izquierda" escapan a la oposición sistemática, a veces violenta, con frecuencia malévol, de la prensa oficialmente etiquetada como "católica". Tal actitud, tales rigores, tales preferencias no son en modo alguno consecuencia obligada, como nos lo quieren dar a entender, de la moral política y de la doctrina social de la Iglesia. Esta actitud resulta de la influencia moral, material y financiera — ciertamente implantadas de un modo muy sólido — adoptada por un pequeño grupo, cuya existencia, amplitud y procedimientos ya he revelado al público. Que de ello quiera valerse para oír su voz, es perfectamente legítimo. Pero que ejerza tal hegemonía intelectual sobre los periódicos aconsejados y vendidos en las iglesias, crea un estado *violento*,

del que hablo con tranquila claridad, ciertamente, pero con moderación. No guardan tal mesura otros comentaristas: pero se equivocan dejándose arrastrar a ciertos excesos de lenguaje; aunque tal vez sean excusables; una situación violenta provoca siempre reacciones excesivas. El hecho de que la mayor parte de los periódicos católicos apoyan posiciones políticas particulares rechazadas, por lo menos, por el 80 por 100 de los católicos franceses, es un hecho provocador.

El hecho de que las posiciones, no obligatorias pero permitidas, que van de la extrema derecha al M. R. P. inclusive, sean sistemáticamente vilipendiadas, burladas, despreciadas o combatidas por la prensa católica que, efectivamente, se vende en todas las iglesias, hiere como una constante provocación.

El público católico ignora lo que pasa entre bastidores, pero conoce que esto no va bien. Permanece, pues, reticente o turbado — u hostil —. ¿Podría ser de otro modo?

Algunos lamentan que, en conjunto, "los católicos no apoyan su prensa". Esto es cierto. Y es deplorable. Pero su prensa es aquella que, en materia libre, toma regularmente posición *contra ellos*; es por eso por lo que el apoyo esperado no llega.

* * *

Desde un segundo punto de vista, el ejemplo de *Témoignage Chrétien* reviste una reveladora significación: la polémica no es en modo alguno condenada por la Iglesia, contrariamente a lo que ciertos periódicos han insinuado en contra mía; equivocados doblemente; porque yo no hago panfletos; y porque si los hiciera, no sería más reprehensible de lo que es *Témoignage Chrétien*.

Por otra parte, aunque no plazca al P. Gabel y a algunos otros, las obras propiamente polémicas ocupan un lugar considerable y honorable entre los monumentos de la literatura cristiana. No solamente entre los Padres de la Iglesia y entre los Santos canonizados, sino también entre gran número de escritores, que no han dejado de ser citados como ejemplo y vivamente recomendados. Yo no predico de ningún modo para mi parroquia, pues mi temperamento me lleva más a la discusión, al diálogo, a la conciliación, que a la polémica. La polémica está permitida. La Iglesia no fomenta las violencias verbales, busca más bien atenuarlas, ello se sabe y se comprende: la Iglesia no considera como pecados mortales algunos excesos de pluma o de lenguaje por la buena causa, algunas santas cóleras, algunas acritudes de expresión. Estudiad, pues, el caso de *Témoignage Chrétien* si queréis de ello la confirmación en un caso actual. Cuando *Témoignage Chrétien* ha escrito, por ejemplo (7 de mayo de 1954), que el escritor católico André Frossard (1) "*n'avait pas de figure*", que "*présentait son derrière*", que era un "*pitre*", no es que sea tal vez de muy buen gusto, ni muy exacto, pero, en fin, la Iglesia sabe bien que los periodistas no son más que hombres, que los deslices de pluma no son necesariamente faltas morales, que hasta, sin duda, es excesivo hablar de "faltas" con este motivo, y *Témoignage Chrétien* no ha sido públicamente reprendido por estas groserías, ni invitado a retirarlas. Los periodistas católicos encuentran cerca de la Iglesia un margen real de libertad, más todavía, un cierto margen de indulgencia, y ni los chispazos que acabo de citar, ni otros análogos, han suspendido las expresiones de aprobación que *Témoignage Chrétien* recibe con regularidad. En lugar de asombrarse de una indulgencia que es simplemente moral, sería mejor tratar de comprenderla; y de comprender que otro semanario católico tendría perfectamente la posibilidad, el día que MM. Mon-

taron y Suffert dijeran una necedad, de tratarlos como ellos han tratado a M. Frossard.

Los católicos que tienen los medios de fundar periódicos, y que muchas veces tienen miedo de su sombra, debían meditar un poco estas cosas que resultan tan claras y evidentes.

* * *

Lo que falsea las perspectivas es la actitud misma de ciertos periódicos, y de *Témoignage Chrétien* en particular, que, en el ardor de sus convicciones y de sus pasiones, llegan a hacer creer que las libertades que pertenecen a todos son más bien un privilegio que se les concede a ellos.

En el suplemento número 32, de 1.º de julio de 1955, de *Témoignage Chrétien*, M. Georges Montaron, director gerente de este semanario, define así la acción de su periódico: "*Nuestra tarea es en principio y únicamente misionera*". Bien entendido, este *únicamente* está de más. Los lectores habrán, lo espero, rectificado por sí mismos; pero no todos: y muchos continúan víctimas de este equívoco que les escandaliza.

Si la tarea y el contenido de *Témoignage Chrétien* fueran únicamente misioneras, se seguiría de ellos que todas sus afirmaciones sobre el partido comunista, sobre la guerra de Indochina, sobre M. Mendes, contra "la evolución hacia la derecha del R. M. P.", etc., son de naturaleza apostólica, sometidas, como tales, al sólo juicio del Episcopado, escapando, por consecuencia, de la libre discusión.

En este mismo artículo (2), M. Georges Montaron apunta una lista de católicos que, según dice él, no tienen ninguna "*buena fe*", y deben ser, por esta razón, excluidos de toda discusión. Ha apuntado en esta lista *Verbe*; los Padres de Chabeuil; y los Benedictinos de Solesmes; y algunos otros; y a mí mismo, seguramente. Si este sorprendente procedimiento, si esta exclusión y esta injuria procedieran, como ha dicho M. Montaron, de una "tarea únicamente misionera", sería preciso inclinarse en silencio ante esa condenación, no contestar la acusación, aceptar esta calumnia característica.

Me temo que el pensamiento de M. Montaron no sea éste precisamente. Su artículo, escrito "en nombre del grupo de *Témoignage Chrétien*", manifiesta en varias partes una curiosa tendencia a situarse por encima de la libre discusión, fuera del tono de la crítica.

"Se dice también que nosotros hacemos el juego al comunismo... En este aspecto aceptamos sólo el juicio de nuestros obispos y el de Roma" (3).

He aquí lo que es excesivo y lo falsea todo. Además de su doctrina cristiana y de sus virtudes apostólicas, que no dependen más que del juicio de la Iglesia, *Témoignage Chrétien* defiende "opiniones particulares" que todo el mundo tiene derecho de juzgar y discutir. Algunas de esas opiniones particulares pueden o bien favorecer al comunismo, o más bien y más sutilmente fomentar un espíritu de no resistencia. M. Montaron querría substraer a la opinión pública sus opiniones particulares y, en consecuencia, imponerlas a todos los católicos, bajo el estandarte, ampliamente desplegado, de la "tarea únicamente misionera". Es evidente que en esto M. Montaron se engaña, o que, con más probabilidad, ha sido atacado por una enfermedad hoy día muy extendida: *no sabe lo que se dice*.

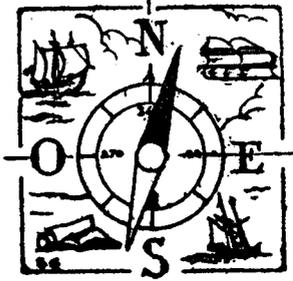
Ya he dicho bastante de *Témoignage Chrétien*, que no me interesa de modo especial. Pero sería de muy buen ver que alguien discutiera seriamente lo que acabo de decir.

JEAN MADIRAN

(1) Nótese que M. André Frossard, hijo del fundador del Partido comunista en Francia, ha permanecido un "auténtico hombre de izquierda". Pero, al parecer, no está bastante a la izquierda para *Témoignage Chrétien*.

(2) Se puntualiza en la primera línea de la primera página de este suplemento de *Témoignage Chrétien* que el artículo de M. Montaron no es una simple toma de posición personal, sino que ha sido escrito "en nombre de todo el grupo de *Témoignage Chrétien*".

(3) La palabra *sólo* está subrayada por M. Montaron.



CRONICA POLITICA MENSUAL

LEYENDO Y BRUJULEANDO

Norteamérica y Egipto - Malestar en la Argentina - La libertad de Europa y la libertad del Canal-La acción de España en Marruecos-La sinagoga de Madrid - España en la Conferencia de Londres - El embajador soviético en Roma visita al Nuncio Apostólico-Menéndez y Pelayo y la España católica

Del 1 al 10 de agosto

NORTEAMÉRICA Y EGIPTO

Carlos Sentís nos da la impresión de la Francia diplomática sobre el problema del Canal de Suez. Y, a fe, que no puede ser muy del agrado de los norteamericanos:

"Se evoca con nostalgia — escribe — al pequeño burgués Truman, que fué capaz en Corea de lanzarse a guerrear, mientras ahora Eisenhower, a pesar de ser general — dicen —, reacciona con mucha más blandura. Se recuerda hoy también que Nasser, como Naguib, fueron en sus orígenes criaturas norteamericanas. Les dan la razón a este respecto los conocidos columnistas norteamericanos, hermanos Alsop, quienes acusan al que fué embajador de Norteamérica, Caffery, de haber "inventado" a Nasser. "La actitud norteamericana — dice esta noche un editorial —, de una manera absoluta y sin reserva se ha orientado constantemente contra el mantenimiento de Inglaterra y Francia en sus posiciones tradicionales".

Mientras tanto, desde Londres anuncian que Inglaterra ha decidido establecer una barrera militar de protección alrededor de la zona del canal de Suez, en espera de que los Estados Unidos adopten una posición ante el problema. Fuerzas navales inglesas se concentran a ambos extremos del Canal y el Almirantazgo ha ordenado a tres portaaviones que marchen también a esta zona. El Ministerio de la Guerra se dispone a llamar a veinte mil reservistas para entrar en servicio en caso necesario.

Eso repercute favorablemente para Alemania, aunque el Gobierno de Bonn no lo considere así, ya que Inglaterra está dispuesta, al parecer, a evacuar una de las cuatro divisiones que tiene en el suelo germano, para hacer frente a un plan de reducción general de las fuerzas aliadas.

Y Cristóbal Tamayo, desde Bonn, precisamente, apostilla:

"Pese a la indiferencia por estas cosas que muestran los alemanes, quienes de seguro van a celebrar el intento inglés, si cristaliza en obras, son los labriegos de las llanuras hannoverianas que estos días, con más coraje y garantías que otros años, armados de picos, palas, azadones y escopetas defienden contra los tanques ingleses en maniobra, los campos de trigo y de centeno en plena granazón."

Los únicos, según todas las apariencias, que viven sin disputas y sin contratiempos mayores, son los norteamericanos y los soviets. La "coexistencia" entre ambos regímenes empieza a ser, por lo que sea, una auténtica realidad...

Del 11 al 20 de agosto

MALESTAR EN LA ARGENTINA

"En la localidad de Vicente López — leemos en la crónica de Buenos Aires de *El Noticiero Universal* — barrio residencial situado al norte de Buenos Aires, 200 soldados, con equipos de campaña, rodearon el domicilio del general Juan José Uranga, que

fué ministro de Transportes, del Gabinete del primer presidente provisional, general Lonardi, y que está considerado como uno de los principales jefes nacionalistas de las fuerzas armadas, junto con el general Lonardi.

"El general Juan José Uranga fué dete-

nido en su residencia y junto con él diez civiles, cuyos nombres no han sido facilitados hasta el momento, y tres militares entre los que figuraban el capitán Eduardo Lonardi, hijo del fallecido presidente Lonardi.

"En los círculos relacionados con la Casa Rosada (Palacio del Gobierno) se dice que el Gobierno del general Aramburu estaba al corriente, por intermedio del Servicio de Informaciones Navales, de las reuniones de carácter sospechoso que venían celebrándose en el domicilio del general Uranga, y que tenían noticias de que se estaba preparando un golpe revolucionario por los grupos nacionalistas y católicos argentinos que siguen hoy el ideario político del general Lonardi, que propiciaba un Gobierno para el que no hubiera "ni vencedores ni vencidos" en el país, buscando así una fórmula de conciliación con los peronistas derrotados."

LA LIBERTAD DE EUROPA Y LA LIBERTAD DEL CANAL

"¿Qué se quiere en Suez? — se pregunta Jean Madiran en *Rivarol* —. ¿Asegurar la libertad de tránsito? En realidad, no está más restringido ahora que antes de la nacionalización. Lo estuvo antes, con respecto al Estado de Israel, pero nadie protestó. ¿Se trata de garantizarla para el caso de una guerra? Sin embargo, el acuerdo de 1888 no tuvo éxito en este sentido, ya que durante las guerras de 1914-1918 y 1939-1945, la libertad de tránsito estuvo de hecho abolida.

"¿Se pretende, ante otra semejante eventualidad, asegurarla por medio de una internacionalización? Pero, el estado de guerra es precisamente el momento en que los acuerdos y las instituciones internacionales pierden todo su poder.

"Por otra parte, la libertad del Canal significa esencialmente la libertad de Europa (más concreto, la del Imperio británico). En tiempo de guerra dicha libertad la garantizaban los mismos que tenían el control militar; en el futuro ya no será así."

¿Quién la garantizará, entonces? ¿Norteamérica? ¿La URSS?

LA ACCIÓN DE ESPAÑA EN MARRUECOS

Dice el diario *ABC*, de Madrid:

"Es de suponer que la Dirección de Marruecos y Colonias edite un libro que contenga los minuciosos datos de nuestra acción en la zona Norte de Marruecos, desde 1912 a 1956. Los préstamos del Estado español al Majzen, préstamos sin interés, ascendieron a 2.011.419.040 pesetas. De ellas han sido reintegradas 6.636.387 pesetas.

"La subvención de España al presupuesto para cubrir su déficit ha sido siempre de más del 50 por 100 del total. Ese 50 por 100 ascendía a 250.000.000 de pesetas anuales desde la victoria de la Cruzada.

"¿Y cómo se puede hacer un recuento periodístico, un índice de lo que entregamos a nuestros hermanos musulmanes después de cuarenta y cuatro años? Sólo la urbanización y embellecimiento de ciudades y poblados, la red de carreteras (2.500 kilómetros) y pistas (1.000 kilómetros), la electri-

LO QUE DICEN LOS DEMÁS

En el transcurso de la reunión del Partido Comunista francés, celebrada en Le Havre, Maurice Thorez ha hecho las siguientes manifestaciones:

"La zona de paz engloba la mitad de la población del mundo. La historia ha entrado en el periodo previsto por Lenin, en que los pueblos de Oriente pesan fuertemente en la marcha del mundo."

"Debe cesar toda discusión en el seno del partido, desde el momento en que se toma una decisión obligatoria para todos. Es indispensable una severa disciplina." (*Le Monde*).

El Congreso del Partido Comunista francés ha sido controlado por tres representantes soviéticos: Suslov y Kiritchenco (miembros del Presidium de la U. R. S. S.) y Ponomarev (del Comité Central del Partido Comunista bolchevique).

Se ha firmado un importante acuerdo comercial entre Israel y la U. R. S. S., en virtud del cual, la Unión Soviética enviará a los judíos 20 millones de dólares de petróleo en bruto, en el transcurso de los dos próximos años. Igualmente se está negociando la venta por los soviets a Israel de material petrolífero (A. F. P.).

"Rabat, 8 de agosto. — La «Unión del Trabajo de Marruecos» ha anunciado la constitución de una nueva federación de sindicatos obreros norteafricanos.

"Además de la «Unión Laboral de Marruecos», la Federación comprende la «Unión General de Trabajadores Argelinos» y a los sublevados de Argelia.

"La formación de estos tres grupos de trabajadores ha recibido el aliento y el apoyo de Mr. Brown, representante en Europa de la «American Federation of Labour», quien ha manifestado que deseaba crear una barrera efectiva «contra el colonialismo y el comunismo» en África del Norte.

"Con este objetivo, los tres grupos sindicales han solicitado su afiliación a la «International Confederation of Free Trade Union» (Confederación Internacional de Sindicatos Libres).

(*Financial Times*, 9 agosto 1956)

ACTUALIDAD

ficación del campo, la maravilla de puertos, como Villa Sanjurjo, que brota de la nada; las obras de Muluya (pantanos, canales, irrigación de 40.000 hectáreas estériles); las del otro río, Mehacen, en la zona de Larache, en que se gastan 520 M.; las obras y organización en yemas y feroas; las plantaciones de especies útiles, principalmente de frutales, el cuidado de la ganadería, la presa de Najla, los riegos del Guerreau, los del Uad Lau, los de la zona de Villa Sanjurjo aprovechando los ríos Guis y Neskor."

LA SINAGOGA DE MADRID

El diario de Santa Cruz de Tenerife, *La Tarde*, publica en su edición del día 16 del corriente, un reportaje sobre la comunidad judía de Madrid, del que reproducimos unos interesantes fragmentos:

"Un viernes, a la caída del sol, me dirigí a la Sinagoga que la comunidad judía tiene en Madrid (1) Vi la "mezuzá" que ellos tocan al entrar con tres dedos, besándolos después. Entré resueltamente.

—¿Qué desea?

Era un joven con aspecto intelectual, tocado con un solideo.

—Visitar la Sinagoga. Y si es posible, asistir a la oración.

—No hay inconveniente—dijo, tras un breve examen de mi persona—. Pero tendrá que cubrir su cabeza. Esto es lugar sagrado.

Me dió un gorro negro, con el cual me sentí ridículo y extraño. Me senté en un rincón y escudriñé.

Era una habitación de quince metros de largo por cinco de ancho. Estaba dividida en dos partes, una para las mujeres, que no pueden intervenir activamente en la oración. Y no tienen que cubrirse la cabeza.

La pared, con zócalo de madera y estuco blanco, ostentaba una lápida de mármol con la siguiente inscripción en letras doradas: "Estos locales y su instalación han sido ofrecidos por don Moisés Lavenda y su esposa Gilol para un oratorio israelita.—2 enero de 1949 (1 de Tevet del 5709)."

Frente a mí estaba el tabernáculo. Lo cubría una cortina de terciopelo rojo, que ellos llamaban "parojé" y que lleva bordada la estrella de Judá. En él se guardan los cinco rollos de la Tora, donde se contiene el Pentateuco, la "Tebat", especie de altar cubierto de paño rojo, donde se colocan los rollos de pergamino para su lectura...

En el mismo testero, encima de la mampara de separación del lugar de las mujeres, estaban las tablas de la Ley, de mármol, con los diez mandamientos escritos en hebreo.

A lo largo de él sea alineaban sillas y pupitres para los adeptos.

Del techo colgaban tres grandes arañas de cristal, iluminando brillantemente la estancia.

(1) Los judíos de Madrid tienen instalada una sinagoga en la planta baja de la finca número 62 de la calle del Cardenal Cisneros. Funciona desde el mes de enero de 1949 y a ella asisten los miembros de la colonia judía. El propietario o inquilino del piso, parece ser el industrial judío llamado Moisés Laverna. La sinagoga estaba a cargo, tiempo atrás, de Daniel François Baroukh.—N. de la Redacción.

A las ocho en punto encendieron los cirios que sobre dos candeleros de plata había encima de la "tebat". Un joven vestido de negro se puso el "talet", manto blanco de seda de cuyos extremos cuelgan los "zizil" o flecos anudados. Y empezó a salmodiar en hebreo.

Habían ido llegando hasta treinta hombres, todos con las cabezas cubiertas. Judíos residentes en Madrid, la mayor parte marroquíes y también de todas las partes del mundo: centroeuropeos, sefarditas, americanos.

Isaac, el joven que me habló al entrar, vino a sentarse junto a mí.

—No tome notas—me dijo al oído—y procure pasar desapercibido. Yo le ayudaré a hacer su reportaje...

A la salida conocí a Benmaman, secretario de la comunidad. Perfil aguileño de judío sefardita. Es apasionado por las cosas judías, sin llegar al fanatismo.

—¿Quieres que te dé una definición del judío?—me dijo, riendo—. Es un señor con la nariz larga y que plancha billetes.

—¿Cuántos judíos habrá en España?

—Unos cuatro mil. En Madrid tenemos cien "fichados". Pero la masa transeúnte puede llegar hasta el millar. Barcelona, por ser ciudad comercial, es la que cuenta con mayor número. Tiene un rabino al frente. De los catorce millones de judíos dispersos por el mundo, unos cuatro mil residen en España.

Habíamos caminado por la calle de Martínez Campos para desembocar a la Castellana. Ahora íbamos hacia el centro de Madrid.

—¿Por qué no eres rabino?

—Para serlo hay que ir al seminario y estudiar muchos años. Y luego ordenarse. No se me ha ocurrido."

Del 21 al 31 de agosto

ESPAÑA EN LA CONFERENCIA DE LONDRES

En unas largas declaraciones hechas por el ministro de Asuntos Exteriores español, señor Martín Artajo, a los representantes de la prensa y de las agencias periodísticas acreditadas en la capital británica, se ha referido específicamente al problema del Canal de Suez y al desarrollo de la Conferencia de Londres, en los siguientes términos:

"Es evidente que si el Gobierno de Egipto aceptase al consejo internacional de directores del Canal, no existiría problema. Pero se hace difícil pedir tal cosa a un país, y, por ello, algunos, como España, quieren lograr soluciones aceptables. Para la delegación española, la soberanía territorial del Canal corresponde a Egipto, pero, en cuanto a la administración, la comunidad de los intereses en el uso del Canal tendrían derecho a estar representados, con lo que se constituiría un organismo mixto en lo administrativo y en lo técnico, capaz de asegurar, no solamente la independencia política sino también la garantía de la prestación de los servicios. No se ha pensado todavía como debería ser la representación de los usuarios, pero la delegación española estima que debería ser minoritaria dentro

del organismo, supuesto que es difícil concebir que un país cualquiera acepte en su propia casa una mayoría extranjera. Ocioso es decir que tal representación no tendría en ningún caso carácter de simbólica.

"Otro de los puntos sobre los que debe negociarse es el de la forma en que la representación debería ser llevada a cabo. Tal representación no ha de estar vinculada exclusivamente a las grandes potencias, por el riesgo que ello tendría de influencia política, sino que, si son, por ejemplo, treinta los países usuarios, habría que reservar representaciones equitativas para los diez mayores, los diez medianos y los diez menores. Preciso es huir de toda presunción de prepotencia."

EL EMBAJADOR SOVIÉTICO EN ROMA VISITA AL NUNCIO APOSTÓLICO

El Nuncio Apostólico en Italia, monseñor Cietta, ha recibido la visita del Embajador soviético en Roma, Poyidayev, quien le entregó el llamamiento del Soviet Supremo a favor del desarme y las declaraciones de Moscú acerca de la situación en el Canal de Suez.

Aunque no es costumbre diplomática entregar documentos a la persona a la que se hace una visita de cortesía, monseñor Cietta no opuso, por deferencia al visitante, objeción a hacerse cargo de ellos.

"Salvo los periódicos comunistas y procomunistas, a pesar—dice la agencia EFE—de que el comunista *L'Unità* fué el primero en dar cuenta de la visita del Embajador soviético al Nuncio, la prensa italiana comenta la repetida visita y lo hace, sin excepciones, con el mayor escepticismo."

MENÉNDEZ Y PELAYO Y LA ESPAÑA CATÓLICA

En el transcurso de la Misa de pontifical de requiem, celebrada en Santander con motivo de la inhumación de los restos de don Marcelino Menéndez y Pelayo en la Catedral, el Obispo de Tuy, doctor López Ortiz, exaltó las dimensiones patrióticas, científicas y morales del gran polígrafo. "Yo creo—dijo el orador sagrado—que ya inicialmente hay como una recompensa, a modo de luz divina, que poseía en su inteligencia para que se conservaran en sus obras tan vivas y tan frescas enseñanzas para que en España, en momentos graves y difíciles, supiéramos abrir los ojos hacia don Marcelino, para encontrarnos allí con nuestro ser nacional. Nos corresponde a los hombres de la España de hoy mantener viva la idea de don Marcelino y realizar su única ilusión: la de una España católica. Nos haremos merecedores de él si nos mantenemos firmes en nuestra fe y en nuestras convicciones y si sabemos ponerlas por delante, incluso de aquellas otras cosas que, a título de virtud, se nos sugieren como más oportunas o más convenientes. Somos un pueblo que ha dado últimamente un testimonio heroico de que sabemos entender las viejas palabras del martirologio: "dar la vida por la fe".

JOSÉ-ORIOI CUFFÍ CANADELL
Shehar Yashub

CON CENSURA ECLESIASTICA

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - BARCELONA - Teléfono 22 24 46

Precio de suscripción . . . 150 pesetas

PLAZOS: Trimestral, semestral o anual

Para los señores Sacerdotes, cuota reducida

Número ordinario 7'50 ptas.
Encuadernar revistas. 25'00 »

Encuadernar revistas y separatas 36'00 ptas
Tomos encuadernados, revistas y separatas 186'00 »

PUBLICACIONES CRISTIANDAD

La conjura revolucionaria del 14 de abril

por José-Oriol CUFFI CANADELL y Pablo LOPEZ CASTELLOTE

15 pesetas

¿Espiritualidad nueva?

por el Excmo. y Rdmo. Sr. Dr. D. Vicente ENRIQUE TARANCON, Obispo de Solsona.

25 pesetas

En torno a Aranguren y la autocrítica

por José RICART TORRENS, Pbro. / Prólogo del Excmo. y Rdmo. Sr. Obispo de Segorbe.

25 pesetas

¡TRES OBRAS DE LA MAXIMA ACTUALIDAD!

Pídalos a su librero habitual o a «Publicaciones CRISTIANDAD», Lauria, 15, 3.º - Barcelona

BINET-MÚNERA, S. I.

«**María, Obra-Maestra de Dios**»

Este libro escrito en francés antiguo por el jesuíta Esteban Binet, excelente teólogo, ha sido traducido y acomodado a la época actual por el P. José Múnera

La inspiración de la obra es del todo original en la Mariología. Lleva un Apéndice sobre las Congregaciones y un Mes de mayo, con una selección de un fragmento apropiado para cada día

Un volumen de 325 páginas 21,5 x 14 cms., 22 grabados en buen papel, 42 ptas.

Productos Codorniu y Garriga, S. A.

Especialidades Farmacéuticas



Badajoz, 112

BARCELONA

¿POR QUÉ

"EL JABON LA TOJA"

ES «UNICO EN EL MUNDO»?

...PORQUE

CONTIENE LAS SALES

de sus mundialmente famosos manantiales de gran poder radiactivo que purifican, rejuvenecen y suavizan la piel, proporcionándole lozanía, tersura y eterna juventud confíe su piel a la maravillosa espuma del jabón «LA TOJA»

S. A. «LA TOJA»

LA TOJA

PONTEVEDRA

Licores, vinos generosos y de mesa

GALLELM

sinónimo de calidad

Menéndez Pelayo, 108 - Teléfono P. 27 99 86

BARCELONA

SERVICIO A DOMICILIO

P
U
R
O
S
C
A
P
O
T
E



P
U
R
O
S
C
A
P
O
T
E

RESULTA DE INTERES
PARA SU
SECCION DE
PROPAGANDA
APROVECHARSE DE
LAS FACILIDADES Y
VENTAJAS QUE LE
OFRECEN

"P. A. C."

NUESTRAS PAGINAS
PUBLICITARIAS

Diputación, 302, 2.º, 1.º
BARCELONA

Paños Martí, S. A.

ALTAS CALIDADES

VIA LAYETANA, 123

TELEFONO 22 62 66

BARCELONA

Librería
Papelería
Centro de Suscripciones

ATENEA

Gabachines, 20

Teléfono 1948

TARRASA



HOTEL COMPOSTELA

PRIMER ORDEN

SANTIAGO DE COMPOSTELA